



Espía a la italiana



KEITH LUGER



—¡Lo he conseguido!... ¡Lo he conseguido! —gritó el doctor Alessandro Martino, un sabio investigador—. ¡Ya está, Vittorio! ¡Ya está!

Vittorio, su ayudante, bailoteó ante una mesa de matraces y probetas y por fin pudo correr hacia su jefe.

—¿Qué pasa?... ¿Qué pasa, doctor?

—¿Es que no lo has oído? ¡Ya lo tengo!

Vittorio se quedó con la boca abierta al ver el líquido verde que corría por un tubo y que terminaba cayendo, gota a gota, en un recipiente de cristal.



Keith Luger

Espía a la italiana

Bolsilibros - Servicio Secreto - 965

ePub r1.0

Lds 20.03.19

Título original: *Espía a la italiana*

Keith Luger, 1969

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

—¡Lo he conseguido!... ¡Lo he conseguido! —gritó el doctor Alessandro Martino, un sabio investigador—. ¡Ya está, Vittorio! ¡Ya está!

Vittorio, su ayudante, bailoteó ante una mesa de matraces y probetas y por fin pudo correr hacia su jefe.

—¿Qué pasa?... ¿Qué pasa, doctor?

—¿Es que no lo has oído? ¡Ya lo tengo!

Vittorio se quedó con la boca abierta al ver el líquido verde que corría por un tubo y que terminaba cayendo, gota a gota, en un recipiente de cristal.

—¿Es eso, doctor?

—Sí, Vittorio. ¡El mayor hallazgo de la ciencia de nuestro siglo!... —contestó Alessandro Martino, jadeando.

—¡Increíble!... ¡No puede ser, doctor!...

—¿Cómo que no puede ser? ¿Qué quieres decir con eso?

—No me ha entendido, doctor... Quiero decir que mucha gente no creerá que usted ha conseguido algo tan revolucionario...

—Pero ahí está, Vittorio. Míralo con tus propios ojos. Veinte años de trabajo... Veinte años de fracasos... Veinte años de estudios ininterrumpidos... Se han reído mucho de mí. Dijeron que estaba loco. Y ya lo ves. Ahí lo tienes...

—Doctor, ¿cuál es la fórmula?

—¿Qué?

—Le he preguntado cuál es la fórmula.

—No te lo diré.

—Pero, doctor, yo soy su ayudante. ¡Llevo tres años con usted sacrificándome también!

Alessandro Martino puso una mano en el hombro de Vittorio

Tessari.

—Tendrás tu parte de gloria. No te preocupes, Vittorio... Te pagaré bien. Pero no te ofendas si no te digo la fórmula. Será un secreto.

—¿Un secreto?... ¿Quiere decir que no va a divulgar su descubrimiento?

—No lo has entendido. Claro que lo divulgaré... Mandaré mi fórmula al Consejo de Europa.

—¿A quién?

—Al Consejo de Europa. Un hallazgo tan importante no puede caer en manos de un cualquiera. ¿Qué sería de la humanidad si se tratase de un desaprensivo?... No, Vittorio, mi descubrimiento es tan terrible que sólo una entidad como el Consejo de Europa podrá hacer buen uso de él...

—Está bien, señor Martino. Yo llevaré su fórmula al Consejo de Europa.

—Te agradezco mucho el detalle, Vittorio, pero tú no puedes ser el emisario.

—¿Por qué?

—Porque eres un científico, y para eso se necesita otra clase de hombre.

—¿Va a recurrir a la policía?

—No, tampoco será un policía quien lo lleve.

—¿Quién?

—Renato Steno.

—¿Renato Steno? ¿Quién es Renato Steno? No conozco a ningún científico de ese nombre.

—No es un científico. Es un granuja.

—¿Un qué?

—Una granuja... ¿No te acuerdas, Vittorio? Una vez entró aquí alguien con la intención de «limpiarnos» el laboratorio... Lo sorprendí. Nos pusimos a hablar. Resultó un tipo muy simpático. Hice que me contase su vida... Lo dejé marchar. Es un chico agradecido. Al cabo de una semana me trajo una torta de pasas. ¿Por qué? Porque le dije que me gustaba la torta de pasas. Después, el día de mi santo, vino a traerme un cochinillo. Sí, Renato Steno fue la única persona que se acordó de mí... Total, que hemos seguido manteniendo la amistad, aunque nos hemos visto muy de

tarde en tarde. Pero he profundizado en su mente y sé que es un hombre de palabra.

—¡Pero es un delincuente! ¿Va a confiar a un tipo así un secreto?

—Ya he pensado en cómo lo haré... Realmente, Renato Steno será un simple transportista.

—¿Quiere decir que le dará la fórmula sin decirle de qué se trata? Pero ¿qué más da? El la puede vender.

—No, Vittorio, no es eso exactamente...

—¿Qué es entonces?

—Lo vas a saber enseguida.

El doctor Martino cogió una aguja hipodérmica y la introdujo en el recipiente de cristal que estaba recibiendo el líquido verde. Llenó la jeringa y se volvió con ella hacia Vittorio.

—Vittorio, ¿no es emocionante?

—Terriblemente —dijo su ayudante con voz opaca—. Pero ¿qué va a hacer con eso ahora?

—Sígueme.

Fueron a otra mesa, que estaba llena de los más distintos objetos.

También había una sandía.

Y fue la sandía lo que acercó el doctor hacia sí.

—Contempla esto, Vittorio.

El doctor introdujo la aguja hipodérmica en la piel de la sandía y empujó el émbolo inoculando en el fruto el líquido verde.

—Ya está.

—¿Quiere decir que ésa sandía es lo que va a transportar Renato Steno?

—Hasta Roma. Allí está nuestro representante del Consejo de Europa. Es la persona a quien Renato Steno le entregará la sandía. Ya está hecho. Sabía que hoy sería el gran día, lo sabía, y por eso pensé en todo.

—Y pensó también en la sandía.

—Sí, Vittorio. Las sandías todas son verdes, pero algunas tienen caprichosos dibujos, y precisamente elegí una de ésas. ¿No lo ves? Está vetada, y aquí tiene la forma de la cabeza de un caballo. He inyectado en lo que podríamos decir el ojo del caballo.

El doctor Martino echó a correr hacia la mesa.

Vittorio fue detrás.

—¿Qué va a hacer, doctor?

—Ya ha terminado de salir el elixir.

—Estupendo, Podemos recoger muestras.

—No recogeremos ninguna.

—¿Por qué?

—Porque lo voy a destruir.

—¡Eh, doctor, no puede hacer eso!

—¿No lo entiendes, Vittorio? ¿Qué clase de secreto sería si tuviese muestras de ese elixir en mi laboratorio?

Así diciendo, el doctor Martino cogió una botella con un líquido blanco, que volcó en el recipiente del líquido verde. Casi instantáneamente, el color verde desapareció tornándose incoloro, como el agua.

—Y a está destruido.

—Doctor, ¿qué ha hecho?

—Yo tengo la fórmula en mi mente y hay una muestra del líquido en la sandía.

—¡Doctor, su líquido al combinarse con el de la sandía, habrá quedado destruido! —No, Vittorio, te equivocas. El jugo de la sandía está impregnado de mi elixir y, aunque te parezca increíble, mi elixir conserva todas sus cualidades... Bien, muchacho, ahora sólo tengo que llamar a Renato Steno para encargarle el trabajo.

El doctor Martino tomó la sandía bajo el brazo, descolgó el teléfono y marcó un número de los tres que tenía escritos en una tarjeta.

Se oyó una voz de mujer.

—¿Renato Steno? —dijo el doctor—. Quiero hablar con él.

—Yo también quisiera hablar con ese sinvergüenza...

—¿Cómo?

—Ese granuja me la pegó.

—¿Se la pegó?

—Sí, señor, me la pegó. Dijo que se iba a casar conmigo. Lo alimenté, lo vestí... ¿Y qué fue lo que pasó?

—Pues no lo sé.

—Yo sí lo sé, quienquiera que sea usted. Que se largó, brillante y reluciente, y si te he visto no me acuerdo... ¿Quién es usted? ¿Otro granuja como él? ¿Quieren hablarse quizá de sus triunfos, de sus

engaños, de sus mentiras?...

—Verá, yo...

—¡No me diga más! Usted es otro granuja como él. ¿A quién engañó, amigo?

—Oiga, yo soy un viejo...

—Conque ha engañado a una vieja, ¿eh?

—Perdone.

—¡Que la perdone ella, la pobre vieja!...

El doctor Martino colgó y miró la tarjeta. Allí había dos números telefónicos, los había escrito Stone de su puño y letra.

Marcó el segundo.

—Oiga, ¿con quién hablo? —preguntó cautamente.

—Taberna Napolitana... —contestó una voz masculina somnolienta.

—¿Está por ahí Renato Stone?...

Instantáneamente, el hombre pareció despertar. —¿Ha dicho Renato Stone?

—Sí, he dicho Renato Stone.

—Yo también quisiera saber dónde está para ajustarle las cuentas. ¿Sabe lo que me hizo?...

—Usted lo alimentó, usted lo vistió...

—Pero ¿por quién me ha tomado?... Me vendió una partida de vino. Me la dio con queso. Imagínese. A mí. ¡Vino!... ¡Aquello era vinagre!... Y me cobró como vino...

—Bueno, quizá el señor Steno no lo sabía.

—¿Quién es usted?... ¿Su cómplice?...

—Oh, no, de ninguna forma...

—Entonces olvídense de Renato Steno. Cualquier día se la pega. Se lo digo yo, que sé mucho de eso...

El doctor Martino volvió a colgar.

Sólo quedaba un número.

Vittorio estaba a su lado, sin perder palabra, escuchándole.

—Vittorio, al fin y al cabo creo que serás el emisario. Sólo queda una probabilidad...

Vittorio le sonrió.

—No se preocupe, doctor... Yo sabré cumplir y llevaré la sandía a Roma... No hace falta siquiera que siga llamando.

—Cuanto más informes recibo de ese hombre, más me digo que

es el emisario ideal —marcó otra vez el tercer número.

—¿Quién llama? —le contestó otra voz femenina.

—Soy Alessandro Martino y busco a... a... a Renato Steno.

—¿Para qué?

—Para darle un encargo.

—Conque sí, ¿eh, amiguito? Pues entérese de que Renato Steno se marchó.

—¿Adónde?

—A la China.

—¿Tan lejos?

—Le dijeron que allí se estaban haciendo grandes negocios de tierras..., y se fue a actuar como corredor del Mao ese.

—Se volvió honrado.

—¿De quién habla?

—De Renato, caramba... En fin, es una lástima... Yo le habría dado medio millón de liras.

Y sólo era un trabajo de un par de días...

—¿Ha dicho medio millón de liras?

—Sí.

—Espere un momento. ¡Ahora lo veo!

—¿A quién?

—A Renato. Y a volvió de China.

El teléfono cambió de mano.

—¿Es usted de verdad el doctor Martino?

—Sí.

—Soy Renato.

—Qué alegría me das, Renato.

El hombre que estaba al otro lado se echó a reír.

—Doctor, no roe dirá que no le gustó el cochinillo.

—El cochinillo estaba estupendo.

—Muy bien, doctor. Cualquier día le llevaré otro, en cuanto me salga bien algún negocio.

—Oh, no, Renato, no es necesario que te preocupes por mí hasta el año que viene.

—Si no es preocupación, doctor. Usted se lo merece todo. Es un tío simpático...

—Renato, necesito que vengas a mi laboratorio.

—¿Dijo algo de quinientas mil liras?

—Sí, Renato, es el dinero que recibirás inmediatamente, en cuanto llegues...

Vittorio se había retirado poco a poco. Fue a otra habitación de la casa en donde había otro teléfono, descolgó y marcó un número.

—¿Quién es? —preguntó una voz ronca al otro lado.

—Júpiter llamando a Espectro 13.

—Adelante, Júpiter.

—El doctor Martino logró su descubrimiento —Vittorio consultó su reloj—. A las diecisiete cuarenta y cinco.

—¿Qué es lo que ha dicho? ¿Que el doctor Martino...?

—Sí, Espectro 13, aunque le parezca increíble, ya lo tiene...

—Estupendo, Júpiter. Imagino que lo tendrá usted.

—No, señor.

—¿No logró la fórmula?

—La tiene el doctor en su cabeza...

—Córtele la cabeza... No, no lo haga o nos quedaríamos sin su secreto... Bueno, sólo tiene que conseguir una muestra.

—El doctor Martino destruyó su elixir.

—¿Que lo destruyó? ¡Qué tontería! ¿Cómo lo permitió usted...?

—El doctor Martino se reservó una muestra.

—¡Vaya, menos mal!

—Pero la puso en un lugar donde yo no la puedo coger.

—¿Dónde?

—En una sandía.

—¿Cómo ha dicho?

—En una sandía.

—Doctor Tessari, ¿se encuentra usted bien o está borracho...?

—Estoy perfectamente, Espectro 13. Sabe que no bebo alcohol. El doctor inoculó el elixir en la sandía...

—¿Y por qué no cogió usted la sandía?

—Porque el doctor no se aparta de ella. La tiene bajo el brazo... Tienen que darse prisa. El doctor Martino quiere entregar la sandía a un tal Renato Steno.

—¿Para qué?

—Renato Steno ha de llevarla a Roma, al Consejo de Europa.

—Conque ésas tenemos, ¿eh?

—Tienen que actuar rápidamente o Renato Steno se llevará la sandía.

—No se preocupe. Ahora mismo mando al personal adecuado para que se haga cargo de la sandía... Ha prestado un valioso servicio, Júpiter, y será debidamente recompensado.

—Gracias, Espectro 13.

CAPÍTULO II

Renato Steno era alto, moreno, facciones varoniles, ojos brillantes.

Muchas mujeres al conocerlo lo llamaban «ese simpático granuja». Algunos días más tarde le llamaban «ese sinvergüenza», y todavía había otras, más impulsivas, que terminaban por llamarlo «ese canalla». Pero unas y otras terminaban por llamarlo de nuevo «ese simpático granuja», en cuanto él volvía a estrechar relaciones.

Como corría el verano, Renato se vestía con un traje gris perla, fresco.

—Caramba, doctor Marino, está usted más delgado.

—Sí, y tú estás mejor.

—Hay que cuidarse, doctor, hay que cuidarse. La vida son cuatro días —Renato agitó un dedo delante de la cara del doctor—. Y las mujeres muy pocas.

—Demonios, pues parece que para ti hay muchas.

—No lo crea, doctor, no lo crea... Dígame, ¿cuántas mujeres hay en Nápoles?

—No lo sé. Pero imagino que deben ser algunos centenares de miles.

—Y las hay para chuparse los dedos. No me lo negará.

—No salgo mucho.

—Pues debería hacerlo, doctor.

—Oye, a mi edad...

—No presuma de edad... Ahí tiene a mi amigo Demóstenes. ¿Sabe cuántos años tiene? Sesenta y cinco. Y de mujeres, para qué le voy a hablar... Menudo tipo... Si yo le contase...

—Perdona, Renato, pero no tenemos tiempo.

—Ustedes, los tipos que trabajan, nunca tienen tiempo. No sé qué les pasa... Bueno, yo también trabajo, y de verdad, doctor, con

los cinco sentidos. Pero siempre dispongo de una hora para charlar con un amigo. Y usted es mi amigo, doctor. Palabra de Renato Steno.

—Verás, Renato... Quiero que lleves una sandía a Roma.

Renato parpadeó.

—¿En eso consiste todo, en llevar una sandía?

—Sí.

—A un familiar suyo que vive en Roma, ¿eh? Usted se encuentra atareado y no puede ir. O quizá se pelearon. Oh, las familias italianas, siempre peleándose entre ellos. Tengo diez hermanos, diecisiete primos por parte de padre, y, veinticuatro por parte de madre. Y todos vivimos en la misma planta... Casas pequeñas... Usted ya me entiende... Tenía que hacer una visita a ese lugar... Todos los días están de pelea. Las veinticuatro horas. No importa que sea de madrugada, que sea de tarde o que sea de noche. Siempre de pelea. Pero dígame si con una familia así puede haber paz...

—No llevarás la sandía a ningún familiar, Renato. Tendrás que llevarla al Consejo de Europa, en Roma... Dentro de dos días celebrarán allí una reunión extraordinaria. Tú tienes que estar en Roma para entonces...

Renato se quedó con los labios haciendo una «O».

—¿Quiere usted que vaya a ese lugar, al Consejo de Europa, y me presente con la sandía?

—Exactamente.

—¿Usted quiere que me encierren, doctor?

—Oh, no te encerrarán.

—¿Qué no? Apuesto a que ese Consejo está formado por tipos estirados, ya me entiende, por tipos que se creen de clase, pero que no son mejor que Renato Steno.

Porque sépalo, aquí donde me ve, uno tiene su clase y su estilo.

—No lo dudo, Renato, y por eso te elegí.

—Doctor, ya sabía que usted sabe dónde hay un hombre... Pero volviendo a la sandía, ¿no le parece un poco extraño?...

—Renato, dentro de la sandía va mi testamento.

—¿Su qué?... ¿Ha dicho testamento?

—Sí, Renato.

—Pero, doctor, no me hará creer que ha rajado la sandía, le

metió un papelote y la ha cerrado...

—Se trata de un líquido, un elixir, de algo básico para la humanidad. Yo lo he descubierto, Renato. ¿Recuerdas la primera vez que viniste aquí? Te dije que era un investigador científico, que estaba buscando algo que revolucionará al mundo, y ya lo conseguí, Renato. Pero hay gente que sabe lo que yo estaba investigando y tengo miedo a que caiga en manos de personas desaprensivas... He pensado que tú debes ir a Roma con la sandía y entregarla allí. Y por eso te voy a pagar ahora mismo quinientas mil liras. Pero eso no es lo importante, Renato. Serás un hombre bien recibido. Esos hombres estirados, quiero decir los componentes del Consejo de Europa, te deberán mucho porque habrás hecho un trabajo trascendental, único.

Renato había quedado como sonámbulo después de oír al doctor Martino.

—Conque voy a ser un personaje.

—Sí, Renato, no lo dudes.

El doctor Martino sacó un fajo de billetes del bolsillo.

—Aquí tienes el dinero.

Renato cogió las quinientas mil liras.

—Doctor, se lo admito porque me encuentro en la mala. Por poco tiempo, desde luego, pero en la mala. Y si usted quiere que vaya a Roma, sabe que uno tiene sus gastos... —No te preocupes, Renato. Un precio es un precio... Y ahora te voy a entregar la sandía. Se acercó a un armario y lo abrió con llave. Sacó la sandía, que apretó contra su estómago y la acarició como si fuese un bebé.

—Renato, confío en ti.

—Puede hacerlo, doctor.

Una voz dijo:

—Yo no confiaría en ese tipo, doctor.

Tanto el doctor Martino como Renato miraron hacia el lugar desde donde les hablaban. Allí había dos individuos, y un poco más allá estaba Vittorio Tessari, el ayudante de Martino.

—Eh, ¿quiénes son ustedes? —exclamó el investigador.

—Transportistas por cuenta de la agencia Sandías a Domicilio, S. A.

—Yo no he llamado a ningún transportista.

—Prestamos servicios voluntarios a la población. Somos

benefactores.

El que hablaba era un tipo alto, de fuerte constitución. Su compañero era más delgado, de mejillas hundidas.

Doctor, le vamos a quitar un peso de encima.

—¿A qué peso se refiere?

—A la sandía.

—¡No se la entregaré!

—No sea malo, doctor...

—¡Salgan inmediatamente de mi laboratorio!

—¿O si no qué?

—Llamaré a la policía.

El doctor dio un paso hacia el teléfono, pero entonces el tipo alto sacó una pistola y el otro lo secundó.

—Doctor, un paso más y se la gana —amenazó el alto.

Renato intervino:

—Eh, muchachos, ¿qué infiernos pasa aquí?

—Tú a callar, ratero.

—¿Qué has dicho?

—Ratero.

—La rata será tu hermana.

—Una palabra más sobre mi hermana y te vuelo la cabeza.

—No diré nada más sobre tu hermana.

—Así estará mejor.

—Pero menuda faena hizo tu madre cuando te echó al mundo.

El alto apretó los dientes.

—Conque tú eres el tipo que el doctor Martino se buscó. Renato Steno.

—¿Quién te habló de mí?

El doctor Martino intervino con voz furiosa:

—Vittorio, has sido tú el traidor, el Judas...

Su ayudante le sonrió.

—Perdone, jefe, pero soy una persona que tiene los pies sobre la tierra —¿Y dónde los tengo yo, Vittorio?

—En una nube.

—¡Miserable!

—Estoy harto de oírle hablar de la humanidad, de sus semejantes. Nunca ha echado una mirada a su alrededor para saber qué clase de personas integran su famosa humanidad. ¿En quién iba

a confiar para llevar la sandía? En Renato Steno. ¿Y quién es Renato Steno? Un pedazo de basura.

—Oiga, ayudante —dijo Renato—, yo hasta ahora no me metí con usted ni con sus papás.

—Será mejor que no lo haga.

—Muy bien, dejaré tranquilos a los asnos que se apearon para abortarlo a usted.

—Walter —dijo Vittorio—, métele una bala.

—Lo haré con mucho gusto.

Walter apretó el gatillo.

El doctor Martino dio un salto.

Se puso delante de Renato.

Y fue él quien recibió la bala.

Se desplomó a los pies de Renato Steno. Éste se quedó asombrado.

—¡Doctor Martino!

Tenía una herida junto al corazón.

Se inclinó sobre él.

—Doctor Martino, ¿por qué lo ha hecho?...

—No podía consentir que murieses, muchacho... Yo te traje aquí, te metí en el lió... Lo siento, Renato, pero ya ves que tenía razón... Era muy importante para la humanidad y ahora se perdió todo... Estos miserables se van a llevar mi secreto.

A pesar de haber caído, todavía conservaba la sandía contra sí, apretándola contra el pecho.

—Doctor —dijo Renato en voz baja—, le prometo que ésa sandía llegará al Consejo de Europa.

Martino sonrió.

—Gracias por decírmelo... Quieres consolarme... Es buena tu intención...

—No, doctor, no se lo digo para consolarle. Entregaré ésta sandía al destinatario que usted ha señalado, aunque sea lo último que haga en mi vida. Palabra de Renato Steno.

—Te creo... —dijo el doctor Martino, y se murió.

Dejó de apretar la sandía y ésta resbaló por el suelo, yendo a parar a la pared.

—Eh, muchacho, levántate —ordenó Walter, el que había disparado.

Renato contesto sin volverse.

—El doctor se ha desmayado —dijo, aunque sabía bien que estaba muerto—. Necesito atenderlo... Ahí tenéis la sandía. Os la podéis llevar, maldita sea. No tengo el menor interés por ello. No entiendo ni una palabra... Soy yo lo que tú dijiste, un ratero.

—Hugo —dijo Walter—, coge la sandía.

Hugo se apartó de Walter.

Renato había conseguido algo. Separarlos. Ahora debía obrar muy aprisa.

Tenía delante una mesa con muchos recipientes de cristal y justamente Hugo estaba detrás, agachándose para coger la sandía. Renato se levantó de un salto y volcó la mesa.

Los recipientes cayeron sobre Hugo y uno de ellos debió de ser de ácido. El matón lanzó un aullido y su cabeza y sus hombros empezaron a echar humo.

Walter disparó otra vez, pero falló porque Renato no se había quedado quieto y ya estaba cruzando el aire.

Cayó sobre Walter y los dos se derrumbaron dando vueltas.

La pistola se disparó por tercera vez.

Walter soltó gruñidos como un animal.

Estaba listo. La bala le había perforado el estómago.

Vittorio dio media vuelta y echó a correr, saliendo por la puerta.

Renato se tomó un tiempo para quitarle la pistola al moribundo Walter, y cuando la tuvo en su poder, fue detrás de Vittorio, pero éste había cerrado la puerta con llave.

Cargó sobre la puerta, pero necesitó tres intentos para hacer saltar la cerradura.

Salió al corredor, pero ya Vittorio había huido.

Volvió a meterse en el laboratorio.

Walter dijo desde el suelo:

—Maldito, esto lo vas a pagar...

Renato vio que Hugo había dejado de gemir. Estaba convertido en algo parecido a un higo pasado, ennegrecido.

Fue al lado de Walter.

—¿Quién os paga?...

—Espectro 13.

—¿Y quiénes Espectro 13?

—Muy pronto lo sabrás —dijo Walter y lanzó el último suspiro.

Renato cogió la sandía, dirigió una última mirada a Martino y salió del laboratorio.

Se metió en su 600, que había aparcado cerca del edificio.

No, no vio por ninguna parte a Vittorio. Aquel hijo de perra había escapado.

Pasaría por su casa para recoger la maleta y emprendería el camino a Roma. Estaba anocheciendo.

* * *

Vittorio entró en una cabina telefónica, Marcó el número en el dial.

—¿Sí? —Oyó al otro lado del hilo.

—Júpiter llamando a Espectro 13.

—Celebro que sea tan cumplidor, Júpiter. Pero ya dije a los muchachos que no hacía falta que llamase. Sólo tenían que preocuparse de traer la sandía cuanto antes...

—No la tienen.

—¿Cómo?

—Murieron.

—¿Quiere decir que el doctor Martino logró acabar con dos profesionales como Hugo y Walter?

—No fue el doctor Martino. El también murió.

—¿A quién se está refiriendo?

—A Renato Steno... Se cargó a los dos muchachos.

—¿Y la sandía?...

—Se la llevó...

—¡Oh, no!... ¡Eso es absurdo!... ¡Un engañabobos de tres al cuarto no se la puede jugar a Espectro 13! ¡Tenemos una organización!... ¡Tenemos un presupuesto!... ¡Tenemos hombres a nuestro servicio!... Y usted es uno de ellos, y le pagamos bien. ¿Cómo logró escapar con vida?...

—Eché a correr.

—Conque echó a correr, ¿eh? ¡Maldito sea, Júpiter!...

—Por eso me apresuré a avisarle. Espectro 13, para que tome medidas...

—Las tomaré. Y usted va a quedar incluido en ellas, a menos que recuperemos pronto la sandía...

—Quiero demostrarle que he seguido trabajando.

—¿Y qué es lo que hizo?

—Seguí a Renato Steno. Sé dónde vive. Pero tiene que darse prisa. Imagino que él no estará mucho tiempo aquí...

—¿Cuál es la dirección?

—Calle Jacometti, número 13, puerta 8.

CAPÍTULO III

Renato Steno abrió la puerta de su casa.

Y se encontró con una mujer.

Eso no era nada nuevo. Muchas veces le había ocurrido.

Era rubia, una inglesa llamada Pamela.

Ella tenía dinero heredado de dos maridos que ya había enterrado. Había cumplido los treinta y cinco años y estaba en el cénit de su hermosura. Y votaba por los conservadores.

—Oh, Renato... Renato —dijo y cayó en los brazos varoniles.

Lo besó en la boca, lo besó en la nariz, lo besó en el hoyuelo de la barbilla.

—¡Amor mío!... ¡Renato de mi vida!...

—Pamela, ¿qué haces aquí?

—Te he estado esperando dos horas.

—No has debido hacerlo. A veces estoy cuatro días sin pasar por mi casa.

—Vine preparada —la joven se volvió y señaló un rincón en donde había latas de conserva de todas clases.

—Demonios, Pamela, ¿ibas a traer contigo a más gente?

—No, amor mío, quería que ésta fuese nuestra isla... ¿Te das cuenta, Renato? Seremos como dos náufragos. Tú y yo solos, apartados del mundo...

—Comiendo conservas...

—También traje vino, del mejor, de Capri... —Vio la sandía que Renato tenía en las manos y agregó—: Dios mío, no me acordé del postre... Qué previsor eres, Renato mío.

—Esto no es para comer.

—¿Algún recuerdo de familia?

—Lo has acertado.

—Bueno, cariño mío, no le preocupes por el postre. Yo me encargo de servírtelo, y te aseguro que te vas a chupar los dedos.

Así diciendo, Pamela puso mucho arte y mucha seducción en el siguiente beso.

Renato sintió que se le erizaba el cabello de la nuca. Demonios, cuando una inglesa salía tempestuosa, había que comprarse impermeable, paraguas y botas, y aun así te mojabas.

—Me tengo que ir, Pamela.

—¿Adónde? —preguntó la inglesa asustada.

—A mi pueblo.

—¿A tu pueblo?

—Sí, a Sicilia... Mi abuelo se está muriendo.

—Iré contigo.

—No, tú no sabes quién es mi abuelo. Es un famoso bandido. Se pasa la vida en las montañas... Le llaman Salvatore *el Sanguinario*...

—Oh, qué romántico...

—Dulzura, no hay nada romántico en las cosas de mi abuelo.

Renato no decía la verdad. Su abuelo se llamaba Salvatore, pero nunca había sido llamado el Sanguinario. Su apodo ero otro, el Ovejero, porque era pastor, y había muerto de una colitis por comer demasiado en un banquete de bodas. —¡No te dejaré!... ¡No te dejaré!...— dijo Pamela y se colgó de su cuello.

—Tienes que ser comprensiva, Pamela. Yo volveré muy pronto, dentro de dos días, y entonces aceptaré el postre que me quieras dar.

—¿Y qué haré yo mientras tanto?

—Empieza a comer latas de conservas...

Una voz dijo:

—Aquí todo el mundo va a comer metal.

La puerta se había abierto y dos hombres entraron en la estancia.

—Eh, ¿es que siempre van por parejas? —dijo Renato tratando de mantenerse sereno, aunque estaba sintiendo un escalofrío.

El que había hablado era rollizo.

—¿Renato Steno?...

—Aquí lo tiene —dijo Renato y señaló a la rubia.

—Muy gracioso.

—¿Verdad que sí? Ya se les disfrazó. Tardaron demasiado,

muchachos.

—A callar, bocazas.

—Estupendo, los dejo con Renato. Buena suerte.

—Un paso hacia la puerta y mancharás con tus sesos a la rubia.

Pamela, para quien aquella conversación era demasiado rápida, dio un gritito:

—¿Qué está pasando aquí, Renato?

—Y a lo estropeaste, nena —gimió Renato.

El gordito habló a su compañero por la comisura de la boca. — Este payaso creyó que nos la pegaría.

El otro, que era un tipo delgado con cara triste, repuso:

—Apuesto a que no.

Pamela dio una patada en el suelo.

—Renato, ¿qué pasa aquí?

—Que me quieren matar, ¿no lo oíste?

—Oh, no, eso está muy feo.

—Ya han oído a la chica, muchachos. Está muy feo quitarle los sesos a una persona.

—Muy bien. Plomo al hígado —dijo el gordito—. ¿De acuerdo, Dino?

—Y al riñón, Luigi.

Pamela chilló:

—¿De qué están hablando?

—Siguen hablando de mí —repuso Renato—. Y de cocinarme.

—¿Qué es lo que quieren?

—La sandía.

—¿La sandía? ¿Han armado tanto jaleo por una sandía?

Pamela rió.

—Cariño, vosotros los italianos sois una gente maravillosa. Pelear por una sandía... Los ingleses jamás habrían hecho tal cosa... Siempre han peleado por un pedazo de tierra. —Sí y algunos trozos no los sueltan ni a tiros... Muchachos, la inglesa dice que en lugar de la sandía os quedéis con un trozo de tierra. ¿Qué os parece?

—Tú vas a tener el trozo de tierra —gruñó Luigi.

—Qué simpático —sonrió Pamela.

—Debajo de tu cuerpo, Renato —agregó Luigi.

La inglesa puso una cara de espanto.

—¿Quiere decir que él...?

—Exacto, *lady*, se va a meter en un ataúd.

—Renato, dales la sandía.

—Pamela, me temo que, a pesar de que la entregue, también me van a dar el trozo de tierra.

Dino soltó una triste carcajada.

—Este muchacho nos ha salido ingenioso, ¿verdad, Luigi?

—Ya acabó de serlo.

Renato comprendió que Luigi iba a disparar sobre él.

Instintivamente, Luigi echó las manos hacia adelante para recoger la sandía y también ese ejercicio atrajo la atención de Dino.

Renato no se quedó quieto.

Saltó detrás de la sandía.

Cayó encima de Dino y los dos se tambalearon.

Dino disparó.

Faltó poco para que la bala destrozase la sandía y eso habría sido una suerte para Luigi porque éste recibió el proyectil. En el vientre.

Se puso a ladrar. Era un poco extraño porque, al fin y al cabo, tenía cara de perro. Dino aulló también, pero no como un perro, sino como un lobo. Renato le acababa de romper la nariz de un derechazo.

Le pegó otra vez en la sien y lo mandó a la región de los sueños. Renato se levantó resoplando.

Pamela corrió hacia él.

—¡Mi vencedor! —Lo estrechó entre sus brazos y lo besó en la boca.

Renato la apartó de sí.

—Cariño, tengo que marcharme.

—¿Por qué, si ganaste?

—Porque esta gente se multiplica.

—Son sólo dos.

—Pero hay más.

—¿Dónde?

—Quizá en la calle, quizá en un coche, quizá debajo de un almohadón —señaló el que había en un sofá.

Pamela fue allí y lo levanto.

—No hay nadie —dijo ingenuamente.

—Espera un poco y verás cómo sale algo —contestó Renato y se

marchó a su habitación.

Cuando entró Pamela, vio que Renato tenía la maleta sobre la cama, llenándola de ropa.

—¡La sandía! —gritó y salió de la habitación.

La sandía estaba junto al cadáver de Luigi.

—Cariño —dijo Pamela—, ¿es verdad que peleasteis por una sandía?

—¿Es que no lo viste?

—No te debes preocupar por ella. Tengo mucho dinero. Puedo comprarle las sandías que quieras.

—Ésta tiene algo especial y no la podrías comprar con todo tu oro.

Pamela parpadeo confusa.

—Los italianos estáis rematadamente locos. Me lo advirtieron, pero no lo quise creer.

—Pues debiste creerlo. Figúrate si estamos para que nos aten que te voy a abandonar...

—¡Oh, no!

—Sí, dulzura, esta carrera es para un hombre solo.

—Qué buen título.

—Yo prefiero otro.

—¿Cuál?

—Soy un espía... a la italiana.

—Pero ¿qué tiene que ver todo esto con el 007?

—Más de lo que tú te crees.

Renato entró en el cuarto y dejó la sandía en la maleta. La cerró y cogióla por el asa.

—Hasta la vista, Pamela.

—¡No me dejes, Renato! —gritó la inglesa.

—Entonces echa a correr.

—Pero quiero ir contigo.

—No puedes venir. Ya te he dicho que volveré dentro de un par de días, y entonces tú y yo lo pasaremos en grande... —Guiñó un ojo.

—¿De verdad?

—Palabra de Renato Stone.

—Entonces me voy... ¿Dejo las latas de conserva?

—Sí y el fiambre —dijo Renato señalando el cadáver.

Salieron de la habitación. Una mujer asomó la cabeza por una puerta.

—Renato, oí una explosión.

—Fue el hornillo de gas, señora Marcilli... —señaló a Pamela con la mirada—. Estas inglesas nunca han sabido cocinar...

Pamela y Renato bajaron la escalera y pudieron llegar a la calle.

De pronto, Renato descubrió un auto al otro lado. Había un hombre al volante, un tipo con las mismas trazas que Walter, que Hugo, que Luigi, que Dino...

Le dio la espalda al tipo y aplastó a Pamela contra la pared, besándola.

—¡Oh!... ¡Oh...! ¡Oooooh!... ¿Por qué no lo hiciste así arriba, Renato?

—Me gusta trabajar con público.

—Pues repite el número porque te salió sensacional.

La besó otra vez y la empujó hacia su 600.

Y con los labios unidos, Renato se fue agachando y la fue agachando a ella y se metió en el coche, pero dejó a Pamela fuera. La posición de la rubia era muy forzada y tuvo que ser él quien apartase su boca.

—Adiós, mi vida.

Pamela se tambaleó y habría caído de no apoyarse en la pared.

—¡Renato, no te vayas!

El joven soltó una maldición porque ella había gritado mucho y el hombre que estaba ante el volante la había oído.

Renato puso el pie en el acelerador, pero el otro coche ya estaba en marcha.

Ahora tenía que correr mucho.

Despistaría a aquel tipo. No resultaría difícil. Era un buen conductor.

Pronto se dio cuenta de que el otro también era bueno. No, no se despegaba de él.

Siempre detrás.

Renato se metió por una callejuela.

Al fondo vio luces, farolillos.

Leyó un gran cartel: «Esta noche elección de *Miss Vesubio*. Gran baile. Dos orquestas». Renato se encontró con que la calle estaba cortada, y el coche perseguidor venía detrás, y no tenía la menor

duda de que aquel tipo también manejaría una pistola.

Soltó una imprecación porque él debió apoderarse de la de Luigi o de la de Dino.

CAPÍTULO IV

Renato se acercó a una taquilla. Había una larga cola. No podía entretenerse.

Oyó a dos mujeres.

—Ganará mi sobrina Gina, señora Renzi.

—Que se cree usted eso. ¿Dónde deja a mi hija Marcia?

—La dejo donde debe estar, con el señor notario.

—¿Qué notario?

—¿No es su hija la que le hace la limpieza de la casa?

—Señora Renzi, tengo mucha paciencia con usted. Una palabra más y le arranco la cabellera.

—Eh, señora Mondì, que no está con los peliculeros del Oeste... Tóqueme el pelo y yo le hago la permanente en frío...

Renato intervino:

—Yo prefiero a Gina.

—¿Qué ha dicho usted? —rugió la señora Renzi.

—Que Gina me parece mejor y yo estoy con la señora Mondì...

—Usted está pagado.

La señora Mondì soltó una carcajada.

—Claro, todos están pagados si votan por mi sobrina... ¿Y qué hace usted, señora Renzi? ¿Cree que no conozco su campaña para que su hija salga elegida?... Estoy al corriente de sus manejos, y, sobre todo, de los manejos de su hijita del alma...

—Una palabra más...

—Tendrá que oírme muchas palabras. Estoy hasta la coronilla de usted y de su Marcia... —Ahora va a estar más harta todavía— exclamó la señora Renzi y se lanzó sobre la cabellera de la señora Mondì.

Las dos mujeres se enzarzaron en una descomunal pelea.

La cola que había ante la taquilla se descompuso porque todos se dirigieron hacia allí para separar a las dos mujeres.

Renato llegó ante la taquilla y dijo:

—Una entrada.

—Quinientas liras.

—Oiga, pero ¿qué dan por quinientas liras?

—Mujeres.

—Y se las puede llevar uno a casa, ¿eh?

—Si se dejan...

Renato pagó las quinientas liras.

—Menuda estafa... ¿Cómo creen que conseguimos el dinero? ¿Robándolo?

—Es cuestión suya.

Renato, al entrar, volvió la cabeza y vio el coche perseguidor, pero estaba solo. Seguro que el hombre había quedado más allá de la pelea entre las dos mujeres. Estaba resultando muy laborioso el separarlas, porque intervenían como una veintena de hombres y allí había un lío de brazos y piernas y la atmósfera era rasgada por gritos, improprios, maldiciones...

Una orquesta interpretaba un ritmo de moda.

La pista estaba llena de parejas.

Había una sección dedicada al público que no bailaba, a las madres, a los padres, a las tías, a los abuelos y demás familiares de las concursantes.

Renato ocupó una silla que estaba libre. Tenía que salir de allí en cuanto se le presentase la oportunidad.

La orquesta terminó de interpretar el número.

Se oyó el timbal y luego una trompeta. Un hombre con *smoking* salió al escenario. —¡Señoras y señores, vamos a proceder a la elección de *Miss Vesubio*!

Estalló un griterío general que impidió seguir escuchando lo que el presentador decía.

Otra vez sonó la trompeta y se hizo un relativo silencio.

—Las señoritas concursantes han pasado por diferentes pruebas... Ustedes lo saben, pero ésta es la definitiva porque son ustedes los que van a votar. Irán desfilando ante ustedes con un número. Luego ustedes procederán a la votación. Somos una democracia con sufragio universal. Tenemos un gran respeto por la

mayoría. Y por eso será la mayoría de este maravilloso barrio de Nápoles quien elija a *Miss Vesubio*, que nos representará en el concurso que este año se celebrará en San Remo para la elección de *Miss Italia*... Escojan a la mejor, señor, por el barrio y por Nápoles...

Un hombre se inclinó sobre Renato.

—¿Qué vende usted?

—Nada.

—¿Y por qué lleva la maleta?

—Porque me da la gana.

—Hombre, yo lo decía por ayudarlo.

—¿Ah, sí?... ¿De dónde crees que salgo, desgraciado?

Menudo truquista. Me tienes la maleta mientras yo bailo con una chica mona. ¿Por qué no me señalaste ya la chica mona? Y mientras yo bailo, tú te largas con la maleta. ¿Sabes lo que eres tú? Un pobre imbécil. ¿A quién se le ocurre utilizar ese truco para hacerse con la maleta?

El otro se encogió de hombros.

—Hombre, no hace falta ponerse así...

—Oh, claro, tú sólo querías ayudar.

—Desde luego.

—Pues lárgate a ayudar a tu padre. ¿Lo oyes? ¡A tu padre!

—Está bien. Iré a ayudar a mi padre.

—Y de paso le robas los zapatos, pero acuérdate de decirle que se baila mejor descalzo, desgraciado...

El otro se retiró.

Renato encendió un cigarrillo. Estaba indignado.

—¿Qué va a beber? —Era un camarero.

—Un vermut.

¿De qué marca?

De la que quiera. Pero agréguele ginebra.

¿Mucha o poca?

Un par de dedos y no olvide el trozo de limón.

—No.

—Ni los dos cubitos de hielo.

—De acuerdo... ¿Lo quiere en jarra o en una fuente?

Renato atrapó al camarero por las solapas de la chaquetilla.

—¿De quién te estás burlando tú?

—Sólo quería...

—Tú sólo querías tomarme el pelo. Te diré cómo quiero el vermut. Con pajita. ¿Está claro? Con pajita.

—Sí, señor.

—Eso es lo que debiste decir al principio y después: «Sí, señor, sí, señor». Y no dártelas de camarero de lujo. El camarero se marchó.

Renato comprendió que estaba de mal genio y eso no le convenía. Miró a su alrededor porque su altercado con el camarero habría llamado la atención del nuevo gorila. Pero no lo vio por ninguna parte. ¿Qué le pasaba al muy cerdo?

Oyó silbidos y se armó otra vez el griterío.

Había salido la primera concursante. En bañador, y estaba para comérsela, con piel y todo.

Era una morena de belleza escalofriante, con unas piernas sensacionales.

—¡La señorita Marcia Renzi!...

Hubo más aplausos, más silbidos.

—¡La señorita Virna Bruguetti!...

Era la concursante número dos, de cabello rubio platinado, con caderas de ánfora y senos de nodriza.

Se armó más jaleo.

El camarero le trajo el vermut mientras salía al escenario la concursante número tres.

—Con pajita, señor —dijo.

—Sin burlas, que soy un tipo de muy poco aguante.

El presentador gritó:

—¡La concursante número cuatro, Gina Mondì!...

Los gritos llegaron al paroxismo.

Pero también fueron más intensos los silbidos.

Gina era una pieza digna de aquel campeonato, pero también era muy digna Marcia Renzi.

Renato aplaudió de mala gana. Estaba pendiente del gorila. Seguía sin dejarse ver. ¿Qué hacía allí? ¿Qué estaba esperando? ¿No era su oportunidad? Bebió un trago de vermut.

—Con permiso —dijo y dejó su vaso en la mesa más cercana.

Cogió la maleta y se levantó, encaminándose hacia la salida.

Entonces vio al gorila, pero no venía solo. Estaba flanqueado por

dos tipos con una fachada impresionante. Parecían ex boxeadores. No dudó que el trío era completo, y entonces comprendió qué había estado haciendo su perseguidor. Había llamado por teléfono en busca de refuerzos. Sí, se le presentó la oportunidad, pero él, Renato, el muy estúpido, la había dejado escapar.

Y ahora lo tenían acorralado allí, entre aquel público que le interrumpía el paso. Intentar escapar sería una locura. Aquellos hombres lo tendrían a su merced. El presentador anunció:

—Señoras y caballeros, la concursante número siete, Loreta Monti...

Se oyeron aplausos tibios y luego un silencio.

Renato miró hacia el escenario porque esperó ver una chica muy fea. Pero se quedó asombrado al ver que Loreta Monti era la mejor chica que había salido al tablado. Resultaba impresionante por cualquier lado que se la mirase. Pero lo era mucho más vista de perfil.

Y su asombro era el de los espectadores que no se esperaban aquello, y entonces pareció estallar la tormenta con rayos y truenos.

Los espectadores silbaron, gritaron como locos.

—¡Loreta!... ¡Loreta!... ¡Loreta!

Y Renato, entusiasmado, también, y olvidando a los perseguidores, se oyó gritar:

—¡Loreta!... ¡Loreta!... ¡Loreta!

Debía medir uno setenta, y sus senos, su cintura, sus caderas y sus piernas eran las adecuadas a esta talla. Todo era abundante sin ser anormal. Todo era perfecto, sabiamente distribuido. El cabello negro como el ala del cuervo, los ojos azabaches, grandes y rasgados, la boca ancha, de labios gruesos, sensuales, muy rojos.

Un hombre gritó, volcándose sobre Renato:

—¡Que reviento, que reviento, yo soy el Vesubio!...

—A callar —dijo Renato y le puso una mano en la cara y se lo quitó de encima. Una zarpa se posó en el hombro de Renato. Cielos, ¿cómo era posible que se hubiese olvidado del gorila?

Volvió la cabeza y se encontró delante.

—Hola, Renato.

—Si sabes mi nombre, ya sólo falta que yo sepa el tuyo.

—Virgilio.

—¿Qué quieres, Virgilio?

—Sandía.

Renato tocó con el hombro al hombre que se había quitado de encima poco antes.

—Eh, amigo, ¿hay por aquí sandías?

—Seguro, en el restaurante que está al fondo. Pero son malas por la noche.

—Ya lo has oído, Virgilio —dijo Renato—. No te conviene.

—Me pondré muy malito, ¿eh?

—Sí, cogerías una indigestión y a lo mejor te ibas al otro mundo. Sería muy malo para tu mamá.

Virgilio compuso un gesto como si estuviese oliendo a podrido.

—Yo en tu lugar dejaría las bromas, Renato. Tal como están las cosas, debes ser un buen chico.

¿Y qué debo hacer para ser un buen chico?

Darme la sandía.

¿Y luego?

Luego se acabó.

—Plomo al estómago, ¿eh, Virgilio?

—Hombre, no, no vamos a hacer nada contigo.

—¿Y por qué habéis cambiado de idea?

—Porque lo único que nos importan es la sandía, y si la tenemos, ya lo tenemos todo.

Renato exhaló el aire de sus pulmones.

—No tengo más remedio que daros la sandía. ¿Sabes una cosa? Estoy deseando quitármela de encima. Me ha traído muchas complicaciones.

Renato alzó la maleta, pero lo hizo con mucha fuerza y golpeó con el borde en el mentón de Virgilio, que cayó hacia atrás sobre los dos tipos con aspecto de ex boxeadores.

Se armó un maremágnum como la vez anterior, ya que un espectador se sintió muy molesto y la emprendió a golpes con uno de los ex boxeadores.

Renato echó a correr hacia la puerta, pero uno de los acompañantes de Virgilio le interceptó el paso. —¿Adónde vas, rico?

—Al escenario. Me llegó el turno de salir en bañador —contestó Renato y, dando media vuelta, echó a correr.

—No, hombre, que eso es sólo para mujeres —dijo el ex

boxeador y fue detrás, abriéndose paso entre el gentío.

Renato vio una portezuela al lado del escenario y por allí se metió.

Un hombre lo detuvo.

—Eh, usted no puede pasar.

Otro hombre llegó junto a Renato, pero no era ninguno de los matones.

—Soy Franco Riva —se presentó—, de la casa Riva de artículos electrodomésticos... Traigo el premio para la señorita ganadora.

—Adelante, señor Riva.

Riva entró y entonces Renato dijo:

—Soy Renato Steno —levantó la maleta—, de la casa Steno, Steno y Steno..., modas para la mujer...

—Pase, señor Steno.

CAPÍTULO V

Renato se encontró en el escenario.

A sus espaldas oyó la voz del portero.

—Eh, usted, ¿adónde va?

—Acaba de entrar un tipo que me debe dinero.

—No me cuente historias. Espere fuera. No se puede entrar.

Renato sonrió. Se había librado de sus perseguidores, pero ¿hasta cuándo?

El presentador estaba vociferando:

—¡Señoras y caballeros, procedan a la votación! ¡Una docena de nuestros empleados pasarán junto a ustedes para recoger sus papeletas!... ¡Por favor, háganlo rápidamente al objeto de que el ritmo fascinante de este espectáculo no se detenga!... ¡Maestro, música!...

La orquesta se puso a interpretar un número suave, como correspondía al gran momento.

Entre los espectadores empezaron a producirse algunos altercados. Renato estaba viendo a las diez concursantes, diez bellezas, pero una brillaba con luz propia por encima de las demás. Loreta Monti. Ella sonreía al público, con cierto desafío.

Un hombre gordo y calvo se detuvo junto a Renato pasándose un pañuelo por el cráneo y por la cara.

—Qué mal ratos pasa uno, ¿eh, amigo?

—Yo diría que son buenos.

—Soy el hombre que convenció a Loreta para que se presentase.

—¿Y por qué no quería presentarse?

—No es amiga de esta clase de concursos. Dice que están arreglados para que una determinada chica sea la ganadora.

—¿Y no es cierto?

—Me he encargado de que la votación sea legal.

—Y espera recibir el premio.

El hombre calvo enseñó unos dientes lobunos.

—¿No cree que me lo merezco?

—Usted es un gusano.

—¿Un qué?

—Un gusano... Debe de ser un padre de familia, con seis hijos.

—Con cuatro.

—¿Y dónde está su mujer?

—Eh, oiga, ¿por qué me hace preguntas? No le consiento que se meta en mi vida privada.

—Claro, su vida privada, en la que va a entrar ahora Loreta.

—Me lo debe todo.

¿Qué es lo que le debe? ¿Un concurso?

Luego me deberá más cosas.

De modo que ha planeado su futuro.

Será lo que ella quiere ser.

—¿Y qué quiere ser?

—Actriz de cine.

—Y usted va a ser su productor...

—Estoy dispuesto a jugarme el dinero por ella. Esa chica vale.
¿Lo entiende?

—Una inversión, ¿eh?

—¿Qué tiene de malo?

—No me gustan los tipos que invierten el dinero en las mujeres... Y no me gusta usted. Y si quiere que le diga más...

—No, no me diga más. Ya tuve bastante. ¿Y con qué derecho me lo dijo? ¿Quién es usted? Un don nadie.

—¿Un don nadie yo? ¿Sabe quién soy? Un tipo importante, ¿lo entiende? Más importante que usted con todo su dinero... Me están esperando en el Consejo de Europa, en Roma. ¿Por qué? Porque llevo una cosa que es esencial para la Humanidad...

El calvo parpadeó confuso.

—Eh, oiga, lleve lo que sea al Consejo de Europa, pero déjeme en paz...

El presentador gritó:

—Señoras y caballeros... Nuestro secretario y sus ayudantes están haciendo el recuento de votos. Dentro de unos instantes

sabremos quién es *Miss Vesubio*, la ganadora de este concurso, famoso en Nápoles, porque es único en su género, ya que no decide un jurado, fácilmente sobornable, sino los propios espectadores que han pagado para ver con sus propios ojos las cualidades que reúnen estas encantadoras señoritas... Aquí viene el secretario... ¡Momento de emoción!... Ruego al director de orquesta que interprete el número adecuado.

El número adecuado resultó ser una trompetería ensordecedora.

—¡Señoras y caballeros! —gritó el hombre del *smoking*—. Después del recuento, ha resultado ganadora del concurso, y, por tanto, con opción a utilizar el título de *Miss Vesubio 1968*, la señorita... —hizo una pausa mirando al público que había interrumpido hasta la respiración—: ¡Loreta Monti!

Se armó una tremenda algarabía. Ovaciones, silbidos.

El hombre del *smoking* ya se estaba dirigiendo a Loreta Monti, quien tenía las manos en la cara, sorprendida de ser la ganadora.

El hombre del *smoking* la cogió por la cintura.

—Señorita Monti, está usted... colocada.

Loreta se libró hábilmente del brazo del presentador y se dirigió al centro del escenario, donde saludó.

Las ovaciones arreciaron.

El presentador dijo:

—¡Señoras y caballeros, el señor concejal Vitorino Vitorini va a poner la banda a la señorita Monti!...

El concejal era el hombre calvo que Renato había llamado gusano.

Estaba hecho pura miel.

Cogió la mano de Loreta y la besó en el dorso y luego en la muñeca, y habría seguido besando más arriba si la joven no le hubiese pegado suavemente en los morros.

¡Y ahora, señoras y caballeros! —dijo el presentador—. Se procederá enseguida a la entrega de premios, que son incontables y que voy a leer para que se vayan presentando en el escenario... El señor Bonanova regala una magnífica aspiradora...

El señor Bonanova apareció en el escenario sonriendo al público.

Dejó la aspiradora en el suelo, a los pies de Loreta y se apartó dos pasos, quedando a espaldas de la joven.

—¡El señor Riva! ¡Que trae un bonito televisor, donde quizá,

algún día, se vea la propia señorita Monti! ¡Porque estoy seguro de que la señorita Monti será una de las más seguras aspirantes al título de *Miss Italia*! ¡El señor Steno! Que nos trae... ¿Qué es lo que trae? —Abrió y cerró los ojos—. Aquí no lo pone... —el presentador sonrió nervioso—. Se olvidaron ponerlo.

Renato Steno fue empujado por el portero hacia el escenario.

—Es usted. Recuerde, la casa de modas Steno, Steno y Steno...

Renato hizo una mueca y salió al escenario. Llegó ante la joven.

—¿Qué es lo que trae usted, señor Steno? —inquirió el presentador.

—Una maleta de viaje.

El presentador miró la maleta y se sorprendió.

—Parece usada.

—No se fíe nunca de las apariencias —repuso Renato.

Se puso delante de Loreta, la atrapó por la cintura y la besó en la boca.

Al separarse, dijo ante la cara asombrada de Loreta:

—Con el agradecimiento de la casa Steno.

—¡Oh!

Renato le dio otro beso.

—Y Steno...

Fue a besarla otra vez, pero ella le puso una mano.

—¿Cuántos Steno hay?

—Tres, Loreta. Enseguida acabamos —y le dio el tercer beso.

El público estaba entusiasmado por la representación.

Loreta se puso roja y sus ojos chispearon con fuerza.

—¡Eh, señor Reggiani!

El presentador dio un salto.

—Aquí me tiene a mí para el próximo beso.

—Señor Reggiani, no oí decir que se incluían besos en la boca.

—Siempre hay aprovechados.

—Este sujeto no es un aprovechado, es un abusón.

—Sí, le pegó tres en el mismo sitio.

Reggiani tomó a Renato del brazo y lo apartó hacia donde estaban los otros donadores de regalos.

—Muchacho, se compensó bien por su maleta usada. Pero quédese ahora quietecito, y por favor, no haga juegos de manos...

A continuación, Reggiani anunció a otros dos donadores de

regalos y seguidamente dijo: —La señorita Loreta Monti está muy bien en bañador, pero necesita ponerse un traje para seguir participando en la fiesta... Pueden ustedes bailar entre tanto, y dentro de poco tendrán de nuevo entre ustedes a la ganadora y podrán admirar desde cerca su belleza...

Se echó el telón entre las ovaciones del público.

El concejal saltó al lado de la joven.

—Te acompañaré a casa, Loreta...

—¿Y mis regalos?

—He traído a tres empleados para que nos ayuden a transportarlos al coche.

—Estupendo, señor Vitorini, usted piensa en todo.

—Sí, Loreta, en todo —lo dijo con voz ronca, casi balbuceante.

Renato estaba pensando muy aprisa. No, nunca podría sacar por sí mismo la sandía de aquel festival. Tendría que dejar que Loreta y sus ayudantes hicieren aquel trabajo por él. Pero también necesitaba salir indemne de allí. Y eso se le antojaba que le iba a resultar un poco difícil.

Bajó del escenario, y tropezó con Loreta que bajaba también.

—¿Otra vez usted?

—Cuidado, se puede caer —dijo Renato, y la tomó por los brazos desnudos.

—Sólo me caeré si usted me empuja.

—Es que me están empujando a mí —dijo Renato, y se aplastó contra ella, porque efectivamente, lo empujaba por detrás—. Caramba, qué bien se está aquí...

—¿Por qué?

—Por usted. De eso no tengo la menor duda.

—Usted es un cara.

—¿Un qué?

—Si lo quiere con todas las letras, un caradura. Se tomó demasiada libertad allí arriba.

—Bueno, ahora estamos aquí abajo.

—No ha rectificado. Sigue tan fresco como antes.

—Yo no diría eso —contestó Renato resoplando.

—¿Sabe una cosa?

—Sí me dice el número de su teléfono, se lo cojo de memoria.

—No es mi número de teléfono lo que quiero decirle.

—¿Y qué es?

—¡Que se vaya usted al infierno! ¿Lo oye bien? ¡Que me deje en paz!

—Claro, debí suponerlo.

—¿Qué es lo que debió suponer?

—Que en cuanto la nombrasen *Miss Vesubio* iba a cambiar. Antes se la veía a usted tan modosita, pero ahora se cree alguien importante... No, ya no se puede codear con la gente como yo, gente sencilla, simpática...

—Se ve que no tiene usted abuela.

—No, no la tengo.

El concejal llegó cargado con la aspiradora y dio un resoplido al descubrir a Renato.

—Loreta, ¿qué está haciendo este hombre contigo?

—Nada, señor Vitorini, sólo dialogábamos de cosas de la vida. Pero ya terminé.

La ganadora del concurso se apartó de Renato y echó a andar hacia un corredor.

El concejal dirigió una furiosa mirada a Renato.

Eh, usted, apártese de ella.

—A sus órdenes, protector —repuso el joven.

Vitorini soltó una exclamación y corrió detrás de Loreta.

Otros hombres fueron también detrás, y uno de ellos portaba aquella maleta que contenía una sandía con el secreto del doctor Alessandro Martino.

Renato miró la puerta del escenario y vio allí a Virgilio con sus dos ex boxeadores.

Ya había empezado otra vez la zarabanda.

CAPÍTULO VI

Renato fue a dirigirse hacia el corredor por donde había visto desaparecer a Loreta Monti, al concejal y a los empleados de éste.

Pero sus tres perseguidores también corrían y ellos le aventajaron porque estaban más cerca del hueco.

—Quieto, muchacho —dijo el hombre que había llevado allí a los dos ex boxeadores.

—¿Qué tal, chicos? Qué suerte para nosotros. Ganó nuestra candidata.

—Te vamos a sacar las agallas.

—Hombre, no te pongas así, Marino.

—No me llamo Marino... ¿Dónde está la sandía?

—¿La sandía? ¿Qué sandía?

—Malo, muchacho, muy malo para ti. Mis dos amigos te van a convenir en un ocho. Ellos lo saben hacer muy bien.

—No me asustes, Julio.

—No me llamo Julio. Mis dos amigos fueron boxeadores. Quizá los conociste.

—Seguro —dijo Renato y señaló a uno que casi no tenía nariz—. Éste es Kid *el Chato*.

—Frío, muchacho. Es Kid *Narizotas*.

—No me digas, Angelo.

—No me llamo Angelo. Y este de aquí es Jimmy *el Fontanero*.

El Fontanero era un tipo que tenía cara de hombre de las cavernas.

—A propósito, Jimmy, yo necesito tus servicios. Dejé una llave abierta y se me debe estar inundando el piso.

—¿De veras? —sonrió Jimmy—. Caramba, hace tiempo que no hago un trabajo de esa clase.

—Pues vámonos a casa antes de que sea demasiado tarde.

Renato echó a andar y Jimmy empezó a moverse, pero el hombre que dirigía los matones atrapó al joven por el brazo.

—Estoy cansado de ti, y no me digas otro nombre que Virgilio. Soy Virgilio. ¿Lo entiendes? Nada más que Virgilio.

—¿Por qué te pones así, Virgilio?

—La sandía. ¿Dónde está la sandía?

—¿Puedo hablar, Virgilio? —dijo Kid *Narizotas*.

—Habla.

—Yo creo que está en la maleta.

—No puede estar en la maleta, Kid.

—¿Porqué, Virgilio?

—Porque le dio la maleta a la chica. ¿No lo viste? Tú tienes muy poca inteligencia y no sabes sacar conclusiones. Yo te diré por qué le dio Renato la maleta a la chica. Había sacado la sandía antes.

—Pero yo no se la veo en los bolsillos.

—Claro que no se la puedes ver en los bolsillos. La sandía pesaba tres kilos. ¿Cómo querías que se la metiese en los bolsillos?

—Entonces, ¿dónde está?

Renato la debió esconder aquí, en este lugar, porque entró con ella en la maleta.

—¿Y si no la hubiese sacado de la maleta? —insistió Kid *Narizotas*.

Renato señaló a Jimmy.

—¿Dónde dices tú que está la sandía, Fontanero?

—¡Ya lo tengo! En el fregadero.

—¿Qué fregadero? —preguntó Virgilio.

—En el de su casa. Por eso reventó la llave.

—Eres un estúpido. Vino aquí con la sandía. No pudo reventar ninguna llave porque no la escondió en el fregadero... ¡Duro con él, muchachos!

Kid y Jimmy se echaron encima de Renato. Cada uno lo atrapó por un brazo y le apretaron de firme.

Renato sintió que aquellas zarpas se iban a partir los huesos.

—¡Un momento!

—No hay momento que valga. Se acabaron las contemplaciones... —repuso Virgilio—. Tienes tres segundos para decir dónde está la sandía. Y si no, los muchachos te harán crujir los

huesos.

Renato no dejó pasar los tres segundos.

—Está en la maleta.

—¿La que le regalaste a la chica?

—No tengo otra maleta.

—Vamos a casa de la chica.

—Os deseo suerte —dijo Renato.

—Tú también vienes.

—¿Por qué? Ya os dije dónde está la sandía. Que os aproveche.

—No, Renato, vienes con nosotros. Por tu propio pie o a rastras. Si la sandía no está en la maleta, no va a quedar de ti ni para hacer un par de albóndigas.

—No me gustan las albóndigas.

—A mí tampoco, pero palabra que quedas para dos albóndigas.

El grupo se puso en marcha.

Kid *Narizotas* y Jimmy *el Fontanero* no soltaron a Renato.

Salieron a la calle en el momento en que los regalos de Loreta Monti quedaban instalados en la baca de un coche grande que era conducida por el concejal.

Renato y sus capturadores vieron la maleta arriba, en la baca, pero no pudieron hacer nada por apoderarse de ella porque en ese momento el coche se puso en marcha.

—¡A nuestro auto! —gritó Virgilio.

—No quiero viajar en auto. Me mareo —exclamó Renato.

Sin embargo, de nada valió su protesta porque los dos ex boxeadores lo levantaron como una pluma.

Se metieron los cuatro en el coche de Virgilio y éste hizo rugir el motor.

El coche grande del concejal había desaparecido por la izquierda, y Virgilio fue a ir por allí, pero tuvo que frenar bruscamente o habría chocado de frente con una pequeña camioneta. Ésta se detuvo con rechinar de frenos y el conductor abrió la portezuela furioso.

—¡Eh, usted, manazas! ¿No sabe por dónde va?

—¿A quién le llama manazas? —gritó Virgilio.

—¡A usted!

—¡Le voy a romper la cara!

—¿Usted y cuántos más?

—¡Yo solo!

—Eh, Virgilio —dijo Kid *Narizotas*—, vamos a perder la maleta.

Fue bastante para que Virgilio echase marcha atrás. Luego metió la primera y pasó por el estrecho hueco que quedaba entre la pared y la camioneta. El conductor de ésta gritó con más jactancia al ver que el otro huía.

—¡Manazas! ¡Desgraciado! ¡Cretino!

—¿Por dónde se fue el coche, muchacho? —inquirió Virgilio.

—No lo sabemos —contestó Kid *Narizotas*.

—¿Sabes tú dónde vive Loreta Monti, Renato?

—Ni idea. Pero sé dónde vive Lucía, una chica monísima que tiene tres amiguitas casi mejor que ella. Os invito a un par de botellas. ¿Qué os parece?

—Por mí está bien —contestó Jimmy *el Fontanero*.

—¡Eres un imbécil, Jimmy! —gritó Virgilio—. No hemos venido a corrernos una juerga, sino a por una sandía.

—Eso es, a por una sandía —repitió *el Fontanero*—. ¿Y dónde está?

—En casa de *Miss Vesubio*.

—Eh, ¿por qué no vamos a por *Miss Vesubio*?

—No vas a ganar un premio por tu inteligencia, Jimmy. Es justamente adonde queremos ir, pero no sabemos dónde vive.

—La chica es del barrio y, como es tan rica, alguien debe saber dónde vive.

Virgilio se quedó con la boca abierta porque la lógica de Jimmy lo había aplastado.

Vio a una vieja que estaba sentada ante una puerta.

—Eh, señora, ¿dónde vive Loreta, la ganadora del concurso? Somos de la Prensa.

Queremos hacerle una entrevista y unas fotografías.

—Mi sobrina ganó otro concurso.

—¿Ah, sí?

—Está arriba en casa. Tiene tres niños y está durmiendo al más pequeño.

—Otro día vendremos a hablar con ella. Ahora nos interesa Loreta Monti.

—Vive en la otra calle. Sigán por aquí y tuerzan a la derecha. El número es el 32. Lo sé porque también vive allí un hijo mío que es

joyero, un tipo muy simpático. Si tienen algún compromiso con su mujer, mi hijo se lo puede resolver. Tiene bonitas cosas de oro y también bisutería cara.

—Gracias, señora. Tendremos en cuenta a su hijo.

Otra vez el coche se puso en marcha.

Renato estaba metiendo la mano en el bolsillo de Kid. Encontró unos nudillos de bronce y se los puso con habilidad.

Virgilio descubrió el coche del concejal, pero sobre la baca ya no había nada. Sólo se veía a los empleados de Vitorino, apostados junto al vehículo, y que reían por lo bajo.

Virgilio detuvo el coche y los cuatro salieron.

Renato quiso aprovechar el momento y tiró contra Kid *Narizotas* el puño con los nudillos de bronce que se había puesto.

Kid *Narizotas* recibió el golpe en el mentón y cayó cuan largo era.

Renato intentó hacer lo mismo con Jimmy *el Fontanero*, pero éste lo atrapó por el brazo y le hizo palanca poniéndoselo en la espalda.

—¡Cuidado, me vas a quebrar un hueso!

—Merecías que Jimmy te lo quebrase —dijo Virgilio—. Mira lo que has hecho con Kid, Tiene la mandíbula de cristal. Por eso no pudo llegar lejos en el boxeo. Golpe que le pegaban en la mandíbula, golpe que lo tiraba a la lona. Y entonces le contaban hasta cien.

Los empleados del concejal Vitorini se acercaron al caído.

—Cuídenlo, muchachos —dijo Virgilio—. Venimos a hacer una visita a la ganadora.

Jimmy empujó a Renato hacia el patio de la casa.

Una vez dentro, en la semioscuridad, Virgilio puso delante de la cara de Renato el cañón de un revólver.

—Te voy a meter una bala en la cabeza. ¿Lo entiendes bien? En la cabeza. Quítale los nudillos, Jimmy.

El Fontanero le quitó los nudillos de bronce.

—Me portaré bien.

—Sí, será mejor. —Virgilio asomó la cabeza—. Eh, muchachos, ¿qué puerta es la de Loreta Monti?

—La cuatro —le contestó uno de los empleados del concejal.

Subieron a la puerta número cuatro:

Virgilio abrió sin llamar y empujó a Renato al interior.

Los tres se quedaron de piedra al ver la escena que se ofrecía a sus ojos. El concejal Vitorino Vitorini estaba comiendo una raja de sandía.

Y el resto de la sandía estaba sobre un plato, porque estaba partida en dos grandes trozos.

CAPÍTULO VII

—¿Ustedes gustan? —dijo el concejal.

—Que aproveche —contestó Jimmy *el Fontanero*.

Virgilio señaló la sandía.

—Dios mío, ¿qué es lo que está sucediendo? ¡Se la come! ¡Se la come!

—¿Se refiere a esto? —repuso el concejal Vitorini.

—¿A qué me voy a referir?

—Está muy buena. ¿Quiere?

—Usted es un pedazo de animal.

—¿Qué dice?

—Un bruto, un mulo...

—Eh, no le consiento que me insulte. ¿Sabe quién soy yo? ¡El concejal Vitorino Vitorini!

¡Caballero de San Suplicio, comendador de...!

—Cierre el pico, concejal...

—¿Qué? ¿Cómo?

—Que se calle o le hago tragar las medallas.

Renato también estaba conturbado y soltaba imprecaciones en voz baja. De nada habían servido sus esfuerzos. Gritó enfurecido: —Usted, pedazo de idiota, ¿por qué rajó la sandía?

—Porque tenía sed.

—Debió beber agua.

—¿Con qué derecho me dice eso?

Virgilio intervino:

—Tú a callar, Renato. Eres el culpable de que el señor concejal se esté merendando la sandía.

Vio un teléfono y lo descolgó, marcando a continuación un número. —¿Quién es?— oyó una voz.

—Virgilio a Espectro 13.

—¿Dónde está la sandía?

—La tengo delante.

—Bravo, Virgilio. Acabas de ganar un millón de liras.

—Quédese con el millón.

—Eres muy generoso.

—No, Espectro 13, no soy nada generoso. Es que no me he ganado el millón.

—¿Qué quieres decir?

—La sandía está aquí delante, pero rajada.

—¿Eh?

—Rajada y alguien se la está comiendo.

—Entiendo. Renato, antes de entregártela, ha preterido comérsela.

—No, señor, no es Renato. Se trata de un concejal.

—¿De un concejal?

—Vitorino Vitorini. Caballero de no sé qué cosa y comendador de no sé qué otra...

Vaya animal...

Eso es lo que le dije yo.

—Quiero decir que se va a convertir en un animal...

—¿Eh?

—En un mono.

—¿Habla en serio, Espectro 13?

—Ése es el descubrimiento del doctor Alessandro Martino. Si alguien ingiere su elixir se transforma en un hombre de hace millones de años... ¿Y qué fue hace millones de años el hombre?

—Un mono.

—Con rabo y todo lo demás.

—Todavía queda sandía, Espectro 13.

—No nos servirá.

—¿Por qué no?

—Porque el elixir al contacto con la atmósfera pierde toda su capacidad de retroceso. Bastan un par de minutos y apuesto a que la sandía ha estado abierta más de ese tiempo.

—Sí, Espectro 13, llevo más de dos minutos hablando con usted y cuando llegamos la sandía ya estaba abierta...

—Liquídenlos a todos.

—Sí, Espectro 13. Pero hay una chica también. No está aquí en estos momentos. Se está cambiando.

—¿Qué chica?

—Una chica que ganó un concurso de belleza. Es *Miss Vesubio*.

—Liquídala también.

—Oiga, ella es algo sensacional. No sabe la cantidad de cosas que tiene por arriba y por abajo... Se lo digo yo que la vi en bañador.

—Yo quería la sandía. ¿Lo entiendes? ¡La sandía y no una chica con muchas cosas por arriba y por abajo! ¡A la fosa con ella también!

—Como usted mande, Espectro 13.

—Cumple con tu deber inmediatamente y regresa. Pero traes los restos de la sandía.

De todas formas, los haremos analizar.

—A sus órdenes, Espectro 13.

Virgilio colgó y miró a Vitorino Vitorini, que seguía con el trozo de sandía en la mano.

—¿No siente nada, concejal?

—¿Qué es lo que debo sentir?

—Ganas de saltar a la lámpara.

—Sí, las tengo. Desde que llegaron ustedes.

—No, no es desde que llegamos nosotros, sino desde que le hincó el diente a la sandía.

—Pero ¿de qué está hablando?

—Y luego se pondrá a quitarse las pulgas.

—¿Las qué?

—Y chillará...

—Oiga, usted está como una cabra.

—Yo estaré como una cabra, pero usted va a quedar como un mono, concejal. Se lo aseguro yo. ¿Y todo por qué? Por haber comido la sandía. Lo tiene bien merecido. Y espere a que le salga rabo.

Vitorino Vitorini desorbitó los ojos. Miró a Renato.

—Oiga, usted parece el más inteligente del grupo.

—Gracias, concejal.

—¿Sabe de qué está hablando este hombre?

—Tengo una idea. Según parece, usted se va a poner muy

malito.

—Ya lo estoy.

—¿No se lo dije?

Virgilio hizo una señal a Jimmy. Los dos sacaron la pistola.

En ese momento salió Loreta Monti de su dormitorio. Ahora ya no llevaba el bañador. Se cubría con un vestido estampado sin mangas, con escote en uve, dejando ver el profundo valle de sus senos. La tela se adhería a su cuerpo con la intensidad de una piel. Estaba impresionante; incluso más que cuando se exhibía en bañador, porque el vestido terminaba en una minifalda que dejaba al descubierto sus hermosas, esbeltas y torneadas piernas.

Los dos hombres con pistola se habían quedado bobos al ver a la joven.

Pero también estaban extasiados Renato y el concejal.

—¿Cuántas veces lo tengo visto, Renato? —dijo Loreta, porque dedicó toda su atención a Renato.

—Quizá hemos nacido el uno para el otro.

—Que se cree usted eso.

El concejal dio un salto y se agarró el estómago.

—¡Me duele! ¡Me duele! ¡El excusado! ¡El excusado!

—Siga por el corredor, segunda puerta a la izquierda —dijo Loreta.

Vitorino echó a correr y desapareció.

Virgilio lanzó un grito.

—¡Eh, usted, no se vaya!

Pero el concejal ya no podía oírlo.

Loreta vio las pistolas.

—¿Son ustedes policías?

—No.

—Entonces ¿por qué diablos están aquí con armas?

—Por Renato.

—Entiendo. Es un delincuente. Debí suponerlo.

Renato dio un suspiro.

—Los delincuentes son ellos, Loreta, aunque no lo creas —la tuteó—. Ellos son asesinos.

Loreta levantó la barbilla.

—No te creeré una palabra, Renato —lo tuteó también.

—Pues pregúntale a ese tipo que se llama Virgilio.

Virgilio movió la cabeza de arriba abajo sin necesidad de que le preguntasen nada. —Nena, tengo que darte una mala noticia. Eres una belleza, pero te vas a convertir en gusanos.

¿Usted sabe lo que dice?

Lo sé, nena, lo sé... No tengo nada contra ti, pero recibí una orden y mi amigo y yo tenemos que obedecer. Os vais todos a la fosa.

Loreta empezó a inquietarse.

—¡Lárguese con la música a otra parte!

Virgilio rió, levantando la pistola.

—Éste es el instrumento con el que yo compongo la música y va a ser de la mejor. —No te lo aconsejo, Virgilio— intervino Renato. —Armarás mucho jaleo y la gente duerme a estas horas.

—Los vecinos están en la fiesta y no sufriremos molestias. Y tú vas a ser el primero que reciba la píldora. Eres el culpable de que hayamos fracasado.

La cortina del corredor se movió y por entre ella apareció un mono.

Virgilio abrió unos ojos como platos.

—¡Dios mío, con rabo y todo! ¡Como dijo Espectro 13!

El mono chilló como si protestase.

—Usted es el único responsable de haber llegado a eso, concejal —dijo Virgilio—. Por glotón. Debió dejar la sandía tan enterita como llegó aquí.

Loreta estaba desconcertada. Se llevó un dedo a la sien y lo hizo girar allí mientras preguntaba a Renato:

—¿Desde cuándo está así tu amigo?

—No es mi amigo y tampoco está loco. Dice la verdad. Eso que ves ahí es un concejal, aunque debo admitir que encogió mucho.

Se refería a que el mono era muy pequeño, aproximadamente la décima parte del tamaño que tenía Vitorino cuando entró en el excusado.

—Virgilio —habló Jimmy *el Fontanero*—, ¿me quieres explicar qué lío es éste? ¿Por qué le hablas al mono?

—Porque es el concejal. Es el descubrimiento del doctor Martino, inoculó a la sandía un líquido que convierte al hombre en lo que fue hace millones de años.

—Pues no me gustaría a mí comer de ésa sandía —repuso

Jimmy—. Quiero seguir siendo un tipo inteligente.

Virgilio hizo una mueca.

—Basta ya, Jimmy. Hay que trabajar.

—¿Plomo con todos? —Con todos.

—¿Incluido el mono?

—Incluido el mono.

Loreta se dispuso a chillar.

En aquel momento se abrió la puerta y entró un hombre de unos sesenta años, de barba blanca. Tenía un organillo colgándole del cuello.

—Perdonen —dijo, quitándose el sombrero—, ¿han visto ustedes a «Carlitos»? Es mi mono. Se me escapó en la calle y lo vi subir a este edificio...

CAPÍTULO VIII

Todos se quedaron de una pieza.

Se movieron otra vez las cortinas y el concejal Vitorino Vitorini apareció jadeante.

—Ya me encuentro un poco mejor...

El mono dio un chillido y saltó al pecho del concejal. Éste se vio con el mono delante y lanzó otro grito.

Renato fue el primero en reaccionar, como siempre.

Pegó un patadón en la entrepierna de Virgilio, y, una fracción de segundo después, golpeó con el filo de la mano al cuello bufalóideo de Jimmy *el Fontanero*.

Los dos se derrumbaron uniéndose al coro general de chillidos que armaban el concejal y el mono.

Renato cogió de la mano a Loreta y tiró de ella.

En la puerta, el organillero fue arrollado por los dos jóvenes.

—¿Adónde me llevas? —gritó Loreta.

—¡A la calle! ¡Si te quedas te matan!

—¡Ya se deshizo el lío! ¡El concejal no era el mono!

—Pero ellos siguen siendo dos asesinos... Quieren vengarse porque tu Vitorino Vitorini rajó la sandía que yo tenía en la maleta.

—Oh, no.

—Claro que sí. La he visto con mis propios ojos.

Habían llegado abajo, junto a la puerta de la calle.

Loreta dio un tirón a Renato, deteniéndolo.

—La sandía de tu maleta no es la que Vitorini se estaba comiendo.

—¿Qué?

—Ésa sandía era mía. La compré yo.

—¿Quieres decir que mi sandía sigue en la maleta?

—No, en la maleta no está.

—¿Y dónde está?

—Se la llevó mi hermano.

—¿Tu hermano?

—Abrí tu maleta y la vi llena de ropa y también vi tu sandía. No quería nada tuyo, de modo que se la di a Alberto.

—¿Y dónde está Alberto? ¿Arriba?

—Se marchó.

—¿Adónde? ¿Al baile, quizá?

—El tiene sólo doce años. Se fue con sus amigos.

—¡Hemos de encontrarlo inmediatamente! —gritó Renato, y tiró otra vez de Loreta.

Salieron a la calle.

Los empleados de Vitorino Vitorini seguían haciendo aire a Kid Narizotas.

Al cabo de un rato, Loreta se desasíó de Renato y se detuvo.

—¿En qué clase de lío me estás metiendo? ¿Por qué demonios corro si no tengo nada que ver contigo?

—¿Es que no lo oíste? Te van a matar.

¿Por qué me van a matar?

Porque el jefe de esa gente cree que puedes estar al corriente de lo que está pasando. —¿Y qué está pasando?

—Te lo explicaré con pocas palabras porque no hay tiempo para más... Yo tenía que llevar un secreto a Roma, algo que descubrió un sabio, el doctor Alessandro Martino. A él lo mataron ya. El doctor no me dijo de qué se trataba. Lo había metido en una sandía.

—¿En una...? ¿Te refieres a esa...?

—Sí, Loreta, a la sandía que le diste a tu hermano... Recuerda lo que dijo Virgilio, ese elixir hace retroceder al hombre hasta su más tierna infancia, quiero decir, a cuando era mono...

—Esto es una pesadilla.

—Lo mismo pensé yo hasta que me di cuenta de que todo es real. —Se acercó a Loreta—. Y te aseguro que tú has contribuido más que nada a eso.

—¿De veras? —dijo ella, sintiéndose mujer.

—Sí, Loreta, tú eres de carne y hueso. No estás hecha de humo. ¡Pero ya está bien! Vámonos de aquí antes de que nos alcancen.

Siguieron corriendo.

Al lado de una valla de madera encontraron a cuatro chiquillos.

—¡Alberto! —dijo Loreta.

Renato dio un suspiro de alivio. Ya habían dado con el hermano de Loreta. Pero se quedó de una pieza al ver que el muchacho que se acercaba a la joven no tenía ninguna sandía en las manos.

—Alberto —preguntó Loreta—, ¿dónde está la sandía?

Alberto no contestó.

Renato miró a los otros chiquillos, pero tampoco ellos tenían la sandía.

—Alberto —dijo, inclinándose sobre el hermano de Loreta—, es muy importante para nosotros recuperar la sandía que te dio tu hermana.

—Compre otra.

—No, Alberto, me gusta la que te dio Loreta.

—¿Por qué? Era una sandía como otra cualquiera.

—Es un recuerdo de familia. Dime dónde está la sandía, y yo te daré una compensación.

—¿Qué compensación?

Renato sacó un billete de cien liras.

—Es tuyo si me dices dónde está la sandía.

—Júrelo.

—Ya está jurado.

—La vendí.

—¿Qué?

—Que la vendí.

—¿A quién se la vendiste?

—A mi amigo Nino.

—¿Dónde está Nino?

—En el velatorio.

—¿En el velatorio?

Se le murió su tío... Han ido muchos parientes y son muy tragones. Lo dijo Nino.

Tenían muchas cosas, pero no tenían una sandía... Nino me pagó cincuenta liras.

Renato hizo un gesto como si fuese a echarse a llorar.

—Conque la vendiste... Conque Nino... Conque son tragones...

Alberto le quitó el billete de cien liras de la mano.

—¡Yo sé dónde vive Nino! —dijo Loreta—. Es aquí cerca.

—Vamos —dijo Renato.

Entraron en una casa y subieron al segundo piso.

La puerta estaba abierta. Al fondo estaba el muerto en su caja.

Se veían también algunas personas enlutadas sentadas en las sillas. Todas ellas comían, pero Renato no vio que fuese sandía. Eran pastas.

En otra habitación, a la derecha, cuya puerta estaba abierta, se veían a más personas, y también comían.

Una mujer de unos sesenta años se adelantó hacia Loreta.

—Hola Loreta, enhorabuena por tu éxito... Siempre dije que eras estupenda... Eh, chicos, aquí tenéis a *Miss Vesubio*. Y qué atención ha tenido al hacer su primera visita a mi pobre Sergio. —Miró el cadáver—. Ay, Sergio, si la vieses... A ti que te gustaba tanto... Míralo, Loreta, ahí lo tienes, como un pajarito. Me dio muchos quebraderos con las mujeres y ahora se le acabó todo. ¿De qué le sirvió estar con unas y con otras? Al final ya lo ves, Loreta, con su mujer...

—La acompaño en el sentimiento, señora Blasetti.

—Eres muy amable, querida, eres muy amable... ¿Unas pastitas?

—Nosotros hemos venido por la sandía, señora Blasetti.

—Justamente Nino trajo una. La debe estar partiendo en la cocina. —¡Que no la parta!— gritó Renato.

Todos los invitados pegaron un respingo en la silla y Renato sonrió.

—Perdonen, pero estoy un poco nervioso. Por el concurso, ya saben... A la cocina, Loreta, a la cocina...

Pasaron por aquella habitación mientras la señora Blasetti decía:

—Sí, vayan a la cocina y coman sandía.

Tuvieron que excusarse entre los comensales y por fin llegaron a la cocina.

Renato lanzó un chillido.

Tenía motivos para ello.

Un chico de una edad aproximada a la de Alberto tenía un cuchillo en la mano, listo para dejarlo caer sobre la sandía que descansaba en un plato.

—¡No, Nino! ¡No lo hagas!

Nino se quedó quieto.

—¿Qué pasa, Loreta? ¿Quién es este hombre?

—Nino, la sandía es de este señor.

—Ni hablar. Pagué a tu hermano cincuenta liras por ella.

—No te preocupes, Nino —dijo Renato—. Yo te la compraré a ti.

—No está en venta. Mi tío Marcelo quiere sandía. Le gusta mucho.

—No te preocupes. Te voy a dar doscientas liras por ésa sandía y tú podrás comprar otra mucho más grande.

¿De veras me pagará doscientas? Aquí tienes el dinero.

Renato sacó dos billetes de a cien liras. Nino los cogió, mirándolos por un lado y por otro para asegurarse de que eran buenos.

Renato se dejó caer en una silla.

—Al fin recuperaré la sandía.

—Si es lo único que te interesaba, ahí la tienes —dijo Loreta con gesto arisco.

—Bueno, no es lo único. Yo diría que valió la pena.

—Claro. Serás un héroe.

—No me refería a eso.

—¿A qué; te referías entonces?

—A ti.

—¿A mí?

—Sí, a ti, Loreta.

Renato miró a Nino y éste dijo:

—Ya lo sé, ya lo sé. Debo marcharme... Mi hermana me dice lo mismo cuando se pone tierna con Norberto...

—¡Nino!

El chiquillo ya no respondió porque salió de la cocina.

—Mira lo que has hecho, Renato.

—¿Qué he hecho yo?

—Escandalizar al muchacho.

—Pero si no te he tocado...

—Tuviste la intención.

Renato se levantó de la silla y se acercó a Loreta. Ella no se movió.

—¿Qué significa Vitorino Vitorini para ti?

—¿Eh?

—Te he hecho una pregunta concreta y quiero una respuesta concreta.

—¿Con qué derecho?

—Me gustas.

—¿Y qué? Gusto a muchos hombres...

—Y yo te gusto a ti.

—¿Quién lo dice?

—Yo. Renato Steno.

La abarcó por la cintura, tiró de la joven y aplastó su boca contra la de ella.

Loreta se portó ahora como una tigresa. Pegó un zarpazo en la espalda de Renato y éste se tuvo que apartar y sujetarla por las muñecas.

—Pero ¿qué haces, Loreta? También lo deseabas.

—Muérete.

—Con un muerto en la casa ya hay bastante.

—Sospechas de mí, de mis relaciones con Vitorino Vitorini. —No tengo más remedio que sospechar.

—¿Y por qué? ¿Porque me lleva a casa en coche?

—Estuve hablando con Vitorini cuando yo todavía no sabía quién era, él y me dijo cosas que no me parecieron muy bien.

—¿Qué cosas?

—Es tu protector.

—¿Y qué más?

—Te va a meter en el cine y Vitorini pondrá el dinero.

—Sigue.

—No hace falta que siga. Todo está claro.

—Todo, ¿eh?... Pero ¿qué clase de tipejo eres tú? ¡Te voy a sacar los ojos! No me vendo a un concejal, aunque se llame Vitorino Vitorini, aunque tenga dinero, aunque tenga coche, aunque tenga cinco almacenes y tres agencias de transporte... ¿Y sabes por qué no me vendo? No es porque Vitorini esté casado, no es porque tenga hijos, no es porque esté podrido de dinero... ¡Es porque soy honrada! ¡Sólo eso, hijito, porque soy honrada!

Renato sonrió.

—No sabes cuánto me alegro, Loreta.

—Conque te alegras ahora, ¿eh?

—Eso quiere decir que te creí.

—¿Y qué me importa a mí que me creas o no? ¿Sabes lo que tú eres? Un don nadie.

Anda, demuéstrame que me equivoco...

—Es verdad. Ahora que caigo, soy un don nadie.

—Te vi venir. Eso fue lo que me pasó contigo... Los hay como tú a docenas. ¿Qué digo a docenas? ¡A centenares! A que no trabajas...

—Me quedé sin trabajo.

—Tú te quedaste sin trabajo el día que te echaron al mundo.

—He sido muchas cosas... He vendido pólizas de seguros, y también aparatos electrodomésticos, y una vez fui agente de un tipo que construía apartamentos... Bueno, no quiero acordarme de lo de los apartamentos. No existían, ¿sabes? Menudo sinvergüenza era aquel fulano. Pero yo no sabía nada. Te lo juro. Soy incapaz de hacer una jugarreta a una familia que necesita un techo bajo el cual dormir... Hay cada fulano por ahí... En eso consiste todo, Loreta, en tener vista para ir por el mundo...

—Y tú tienes una vista especial.

—La tengo. Y por eso cuando te vi, me dije: «Ésa es la mujer que te conviene, Renato». —Qué casualidad.

—¿Te pasó a ti lo mismo?

—A mí una voz interior me dijo: «Loreta, ahí tienes a un hombre que no te conviene». —No digas eso, Loreta.

—Ya está dicho.

—Muy bien. Ya está dicho. ¿Y qué? No he tenido suerte. Cuando he tenido empleo fijo, a los tres días, a la calle. No le caigo simpático a los jefes. ¿Por qué? Porque soy demasiado inteligente. Y ellos no quieren eso. ¿Sabes lo que se figuran? Que uno será el amo, y que ellos se tendrán que dedicar a pedir limosna. Me temen, Loreta, me temen. Por eso, porque soy un hombre que sabe hacer bien las cosas... pero el día que yo quiera tendré un empleo, un empleo fijo, y ganaré mucho dinero... Podré hacer feliz a una mujer, a mi mujer, claro. Le daré lo que quiera. ¿Lo oyes bien? ¡Lo que ella quiera! Un bonito apartamento, un hermoso coche, un estupendo abrigo de pieles... Y naturalmente, tendrá televisor, frigorífico, y aspiradora eléctrica, ya sabes, esas cosas que os gustan a vosotras. Todo eso se lo dará Renato Steno a su mujer... ¿Lo oyes?

—¿Cuándo?

—¿Eh?

—He preguntado que cuándo podrás darle todo eso a tu mujer. ¿Dentro de un mes?

¿Dentro de un año? ¿O tendrá que esperar esa mujer treinta años?

—Eh, hablas como si fuera una condena.

—¡Y será una condena para la mujer que tú elijas!

—¿No quieres ser tú, Loreta?

—¿Yo? Pero, hombre... —Loreta se echó a reír—. ¿Por quién me has tomado? ¿Es que crees que me vas a engañar? ¿Qué pedazo de idiota eres? ¿Tú engañarme a mí? Vamos, ni que hubiese venido del pueblo ahora...

—Ya está bien. Olvídalo.

—¿Olvidarlo? ¿Y por qué me lo dijiste?

—Tú eres la culpable, Loreta.

—¿Yo?

—Tú. Creí que habías empezado a sentir algo por mí. Pero ya veo que estoy equivocado. Eres *Miss Vesubio*. Me he comportado como un estúpido con la chica que ganó el concurso de belleza. Claro, tú picas muy alto, tú quieres llegar a ser actriz de cine.

Si no aceptas a Vitorini es porque te parece demasiado poco.

—¡Una palabra más y te estrello algo en la cabeza, animal!

Loreta buscó con la mirada un objeto y encontró un jarrón.

Fue a cogerlo, pero Renato saltó sobre ella y la atrapó.

—¡Suéltame! —dijo ella con la respiración entrecortada.

—Desde luego. Te voy a soltar y no te veré en el resto de mi vida.

—¡Mejor para mí!

—¡Y para mí!

Renato acercó su boca a la de ella.

—Te quiero perder de vista cuanto antes, Loreta.

—Yo también.

El la besó suavemente y ella no se resistió. —No quiero ni verte —dijo Renato.

—Yo tampoco —dijo Loreta, y lo besó a él.

Entonces tronó una voz, la de Virgilio, desde la entrada de la casa:

—¡Al tipo que pida sandía de postre lo mando con el muerto!

CAPÍTULO IX

Loreta lanzó un chillido:

—¡Ya están ahí! ¡Ya están ahí!...

—Otra vez me dejé engatusar por ti.

—¿Quién te engatuso? Ahora que recuerdo. Hay una puerta trasera. Podremos escapar.

La joven cogió la sandía y echó a correr.

Renato fue a ir detrás de ella, pero Virgilio apareció con la pistola en la mano.

—Un paso más y tienes la bala que te ganaste.

Renato se volvió, enseñando las palmas de las manos vacías.

—Todos hemos llegado demasiado tarde, Virgilio. —Estaba oyendo los pasos de Loreta corriendo.

—¿Qué cuento intentas colocarme ahora, Renato? —dijo Virgilio, mientras por su lado aparecía Jimmy *el Fontanero*.

En la otra habitación se oían murmullos.

Virgilio sonrió.

—Sabemos que la sandía vino a parar aquí. El hermano de la chica se la vendió a Nino. Y entérate de una vez que fue Nino el que nos explicó el negocio que hizo contigo. ¿Dónde está la sandía?

—Ya lo ves. No está aquí.

—¿Crees que soy imbécil? Oí pasos antes. Era ella que corría. No llegará lejos...

—Muy bien, vamos a por Loreta.

—No, tú te quedas haciendo compañía al muerto.

—No soy amigo de la viuda.

—No me entendiste. Te quedas con el muerto para que te velen también. —Virgilio rió su chiste.

—Eh, un momento.

—Se acabaron los momentos. Tenemos prisa por encontrar a Miss Vesubio, ¿verdad, Jimmy?

—La chica está mejor que la sandía.

—Nos quedaremos con las dos, ¿eh, Jimmy?

—La chica para mí y la sandía para ti.

—No tan deprisa, Jimmy. Yo seré quien decida.

—Como tú quieras.

Renato se había ido acercando a los dos asesinos y ahora dijo, mirando a un punto situado entre Virgilio y Jimmy *el Fontanero*: — ¿Un refresco? Qué buena idea, señora Blasetti.

Los dos matones volvieron la cabeza hacia aquel lugar.

Renato saltó sobre Jimmy *el Fontanero*. Los dos cayeron al suelo.

—¡Apártate, Jimmy! —gritó Virgilio, e hizo un disparo.

Jimmy no podía apartarse porque Renato lo tenía bien sujeto y fue el Fontanero quien recibió la bala.

Entonces Renato se apoderó de la pistola de Jimmy, y, todavía sirviéndose de él como escudo, apretó el gatillo.

Virgilio se estrelló contra la pared. Se miró los dos agujeros que tenía en el pecho. Recibió un susto tan grande que se murió. En la habitación vecina todo eran chillidos y carreras.

Renato asomó la cabeza allí dentro y dijo:

—Ustedes perdonen por el ruido.

Luego echó a correr tras Loreta.

Pero frenó al verla sentada en el suelo, al fondo del corredor, llorando.

Renato se sintió morir al ver pedazos de sandía por el suelo. — Lo siento, Renato...— gimió Loreta.

—¡Dios mío! ¡La sandía!

—Se me resbaló de las manos y cayó. Y mira lo que he hecho. He destrozado tu sandía con secreto.

—Y ésta era la buena. Tenía un dibujo parecido a la cara de un caballo —señaló uno de los trozos—. Míralo ahí.

—Soy una inútil.

—¡No digas eso!

—Tanto muerto para que yo me cargue la sandía —sollozó un poco—. A propósito, ¿qué pasó ahí dentro?

—Acertaste. Dos muertos. Pero ya están acostumbrados.

Renato ayudó a Loreta a levantarse.

—Te acompañaré al baile, Loreta.

—No quiero bailar.

—Es tu fiesta.

—Ya se arruinó mi fiesta.

—Vámonos de aquí. No podemos quedarnos.

Abrieron aquella puerta y salieron a un pasillo con una barandilla que daba a un patio interior. Bajaron por una escalera de hierro.

No hablaron nada hasta encontrarse lejos de la casa de los muertos.

* * *

El ayudante del doctor Martino, Vittorio Tessari, fumaba un cigarrillo detrás de otro, a la espera de noticias.

Sonó el teléfono y lo descolgó.

—¿Quién habla?

—Espectro 13.

—¡Por fin, jefe! ¿Ya tiene la sandía?

—No me hable más de la sandía.

—¿Qué pasó?

—Se rompió... Las mujeres rompen todo lo que llega a sus manos y esta vez no fue una excepción. Se metió una chica en el asunto y ella se cargó la sandía.

—Pero ¿qué hicieron los muchachos?

—Morirse.

—¿Cómo?

—Todos murieron menos uno: Kid Narizotas... El solo recibió unos cuantos golpes y pudo informarme...

—Entonces se acabó todo.

—No, no se acabó todo.

—¿Qué quiere decir?

—Tiene que ir usted al laboratorio del doctor Martino. El doctor tiene que haber dejado la fórmula en alguna parte.

—Se lo pregunté y me dijo que tendría la fórmula en su cabeza.

—No puede ser. He pensado en el asunto y he llegado a la conclusión de que eso lo dijo porque no se fiaba de usted. Por eso no lo eligió como emisario para que viajase a Roma... Vaya al

laboratorio. Échelo abajo si es preciso y remueva hasta los cimientos...

—Pero, señor, él está allí... Me refiero al doctor Martino. Me asustan los muertos.

—¿Qué clase de científico es usted? Deberían asustarle los vivos.

—Sí, Espectro 13, tiene razón, pero yo soy supersticioso.

—Debería avergonzarse... Vittorio, estoy harto de usted. Mi orden es ésta: Vaya al laboratorio a por la fórmula y no salga de allí sin ella. —Sí, señor.

—No pierda un solo minuto.

Media hora más tarde, Vittorio Tessari entraba en el laboratorio utilizando su llave. Seguían allí los cadáveres del doctor Martino, de Hugo y de Walter, pero el de más feo aspecto era el de Hugo que parecía un negro tizón.

Tessari recordó que el doctor Martino había estado un rato en su oficina. Fue allí y empezó a registrar los cajones.

El doctor Martino había sido muy desordenado. Vio papeles de tiempos atrás, memorias acerca del resultado de sus experimentos, todos ellos fracasados.

No, Espectro 13 se había equivocado. Martino no había dejado nada, porque a la fórmula le faltaba la última fase, la decisiva.

Tenía que huir porque sabía que Espectro 13 condenaba a todo hombre que hubiese fallado, y él había fallado en grande.

Al pensar en la clase de muerte que pudiese darle Espectro 13, se tambaleó y buscó el apoyo de la pared.

Oyó un chirrido. Vio, asombrado, que una parte del muro se movía. Se había ido a apoyar justo en el sitio exacto, en el compartimiento secreto cuya existencia ignoró hasta ahora.

Con el corazón saltándole en el pecho corrió hacia el hueco. Allí había un escondite. Vio un libro de tapas rojas. Lo abrió, examinando algunas hojas. Sí, allí estaban los experimentos buenos, los que significaban un paso adelante en los experimentos del doctor Martino. Pasó hojas con más avidez y llegó a la última. Allí estaba, todavía brillante la tinta roja, la definitiva fase del experimento.

Estaba muy nervioso cuando discó el número en el dial.

—Júpiter llamando a Espectro 13.

—Hable, Júpiter.

—Usted acertó. Estaba en el laboratorio, en un compartimiento secreto.

—¿Está seguro de que es la fórmula?

—Completamente seguro, Espectro 13.

—Tráigala inmediatamente.

—Sí, enseguida voy para allá.

Vittorio colgó y, al ir a echar a andar, dio un grito.

En la habitación había dos personas. Una de ellas era Renato Steno, la otra una mujer de gran belleza.

Renato sonrió.

—Buenas noches, ayudante...

—¿Qué hace usted aquí?

—Tuve la misma idea que ustedes.

—¿A qué idea se refiere?

—A que quizá el profesor había dejado algo.

—Pues se equivoca, Renato. No dejó nada.

—No se moleste, Vittorio. Lo hemos oído hablar con Espectro 13. A propósito, ella es Loreta Monti. Acaba de ganar el concurso de *Miss Vesubio*.

—Enhorabuena, señorita.

—Gracias, es usted muy amable, traidor.

—Ahora entrégueme la fórmula —dijo Renato.

—No sé de qué fórmula me habla.

—No sea estúpido, Vittorio. La fórmula del doctor Martino está en ese libro de tapas rojas que usted sujeta con la mano derecha. Si quiere más detalles, se los daré cuando usted esté muerto...

—Escuche, Renato, me ha costado muchos sacrificios soportar al doctor Martino... —El doctor Martino fue una buena persona. Fue él quien lo tuvo que soportara usted, miserable...

—Oiga, Renato, usted y yo podemos hacernos ricos con esto.

—Una buena ocurrencia.

—Celebro que estemos de acuerdo.

—Entiendo. Usted quiere todo el dinero para usted.

—No. Yo sólo quiero cumplir la última voluntad del doctor Martino, su jefe, al que usted estaba engañando... Esa fórmula será entregada al Consejo de Europa. Se lo prometí al doctor antes de que muriese y lo voy a cumplir...

Renato avanzó hacia Tessari y éste retrocedió hacia una

estantería.

—Déme eso, Vittorio.

De pronto Tessari atrapó un frasco.

—¡Un paso más y los hago volar! —rió con risa de loco.

CAPÍTULO X

—¿Qué tiene en la mano, Vittorio?

—Un explosivo.

—Miente. Es agua.

—Si quiere cerciorarse, trate de venir hacia mí.

—Si es de verdad un explosivo, usted también morirá.

—No me importa morir. Si yo no entrego la fórmula a Espectro 13, él me matará. ¿Lo entiende, Renato? Soy un hombre desesperado, y un hombre desesperado está dispuesto a todo...

—Tranquilícese.

—Vayan al fondo de la estancia, hacia la derecha. Usted también, *Miss Vesubio*.

Los dos jóvenes obedecieron.

Vittorio se movió hacia la puerta, siempre con el frasco en una mano y el libro de tapas rojas en la otra. Dio media vuelta para salir por el hueco.

Renato se agachó rápidamente y tiró de la alfombra. Vittorio Tessari salió de la habitación, volando por el aire.

—¡Al suelo, Loreta! —gritó Renato.

Ella obedeció y se dejó caer junto a él.

Se oyó una explosión.

—¡Dios mío, el libro!... —exclamó la muchacha.

Renato se levantó y echó a correr hacia la puerta pero ésta ya no existía. Había un tremendo hueco.

Vittorio Tessari estaba al fondo del pasillo inmóvil, las ropas destrozadas, cubierto de sangre. Y el libro estaba en el suelo. Renato lo recogió. Estaba intacto, con un poco de polvo.

Loreta llegó a su lado.

—¡Renato, lo conseguiste!

—Ahora a Roma.

—Iré contigo.

—No. Tú te quedas.

—No puedo quedarme o acabarán conmigo. Soy la chica que te ha estado acompañando.

—Tienes razón.

Las llamas habían prendido en el fondo del corredor.

—Salgamos de aquí antes que nos achicharremos —dijo Renato. Los dos echaron a correr.

No pudieron ver que Vittorio Tessari se movía.

El ayudante del doctor Martino se levantó trabajosamente y entró en la oficina.

Tambaleándose, pudo llegar hasta la mesa. Allí descolgó el teléfono y marcó el número.

—Júpiter llamando a Espectro 13.

—¿Dónde está, Júpiter?

—En el laboratorio...

—¿Todavía no se puso en camino?

—No pude.

—¿Por qué?

—Por Renato.

—¿Otra vez Renato?

—Se presentó aquí cuando yo terminé de hablar con usted. Vino con una chica, con Loreta Monti.

—Miss Vesubio, ¿eh?

—Ellos se llevaron la fórmula.

—Lo voy a matar, Júpiter.

Vittorio se echó a reír.

—No, Espectro 13, usted no me puede matar...

—Conque no, ¿eh? Antes de una hora estará usted liquidado. — No me dejó terminar... Usted no me puede matar porque yo ya estoy muerto...

Y después de decir las últimas palabras, Vittorio Tessari cayó al suelo y quedó con los ojos fijos en el techo.

El teléfono colgaba de la mesa y por el micro llegaba la voz de Espectro 13: —Júpiter, ¿qué le pasa, Júpiter?...

—¿Cómo llegaremos a Roma Renato? —preguntó Loreta.

—Tenemos diversos procedimientos. Está el coche, el autobús, el avión y el tren.

—¿Y cuál nos conviene?

—Me gustaría también saberlo.

—Espectro 13 llegará a la conclusión de que nosotros hemos tenido que ver con la explosión del laboratorio.

—Sí, Loreta. Y cuenta con una buena organización. Vittorio le dijo que se ponía en camino, y a estas horas estará inquieto e incluso habrá mandado a alguien...

—Eso quiere decir que nos vamos a ver en un apuro porque él también sabe que tienes la intención de ir a Roma.

—Tengo una idea. Iremos en coche. Se lo pediré prestado a un amigo. A Carlo Farnese. —Será peligroso. Ellos también pensarán en el coche. Y también habrán pensado en el avión.

—La verdad es que habrán pensado en todo, Loreta.

—Pero en el tren hay mucha gente. En él viajan centenares de personas... Podremos confundirnos fácilmente.

—Vamos a la estación.

Cuando llegaron allí se quedaron anonadados. Miles de personas llegaban o salían de Nápoles. Unos venían de vacaciones y otros las tomaban. Y también se veían a muchos turistas, gente con las más extraña vestimenta...

—Eh, Renato, nos están vigilando.

—¿Quién?

—Aquel hombre, el de gafas oscuras que está apoyado en la columna.

Renato miró en aquella dirección y vio a un tipo que leía un diario.

—Me ha estado mirando fijamente —puntualizó Loreta.

—Eso es lógico —sonrió Renato—. Eres la mujer más hermosa que ha visto en mucho tiempo.

—Ojalá no te equivoques y sea ésa la razón.

Se pusieron en la cola de una de las taquillas expendedoras de boletos para Roma. —Eh, Renato— dijo Loreta.

—¿Qué pasa?

—El hombre de las gafas oscuras ya se marchó.

—¿Lo ves? No estaba al servicio de Espectro 13.

* * *

El hombre de las gafas oscuras estaba llamando por teléfono en una de las cabinas. —Los vi llegar, Espectro 13.

—¿Estás seguro?

—La descripción corresponde. No tengo ninguna duda. Son Renato Steno y Loreta Monti... Van a viajar a Roma.

—¿Cuántos hombres tienes ahí? —Dos.

—Te mandaré otros tres, Pierre.

—No necesito a nadie —rió Pierre—. Será un trabajo fácil. —Ese tipo es peligroso.

—No me lo pareció a mí.

—Lo estás subestimando, Pierre. Renato Steno ha acabado con muchos de nuestros hombres.

—No eran profesionales como yo.

—Eso es cierto. Tienes una buena hoja de servicios, Pierre. Llegaste a tiempo de París. —Yo siempre he llegado a tiempo a todas partes, Espectro 13, y esto no me lo podía perder...

—¿Dónde lo harás, Pierre?

—En el tren, mientras viajemos. Será más fácil para mí.

—Recuerda que no pueden llegar a Roma.

—Nunca llegarán a Roma.

—Oír tus palabras resulta un consuelo después de haber soportado los errores de los demás.

—Descuide, Espectro 13. Ya empecé el trabajo y lo concluiré. —Tenme al corriente.

—Desde luego.

Pierre colgó a continuación.

* * *

Entraron en un compartimiento del tren.

Allí viajaban dos monjas, una señora gruesa, con un niño de algunos meses en el brazo, y un tipo que vestía de negro y que se levantó ceremoniosamente.

—Adelante, señora. Permítame que me presente. Soy Duccio Valetti, el Gran Mago —hizo un pase con la mano y sacó un racimo de naipes. Hizo otro pase y los naipes desaparecieron.

Renato se puso a aplaudir.

—Bravo, señor Valetti, pero la señora no viaja sola.

—Qué mala suerte para mí. ¿Su esposa quizá?

—No.

—Qué mala suerte para usted.

—Eso es lo que usted no sabe, Gran Mago.

Duccio Valetti se echó a reír. Era un tipo delgado, alto, con cara de Mefistófeles.

Las dos monjas lo miraban con asombro.

—Sor Ana, ¿quiere que nos vayamos a otro compartimiento? —
De ninguna forma, sor Inés. Éste es bueno.

El Gran Mago hizo una reverencia ante las dos monjas.

—Hermanas, no deben tener miedo de mí.

—No tenemos miedo de usted —le contestó sor Ana.

—¿Ni aunque hubiese hecho un pacto con el diablo?

—A usted no le creo capaz de hacer un pacto con el diablo. —Es un honor que me hace.

El Gran Mago volvió a su asiento, junto a las monjas.

Loreta y Renato se colocaron al lado de la señora con el niño en brazos. Éste era un angelote rubio que dormía plácidamente.

Renato sonrió a Loreta.

—Tranquila, nena. Llegaremos a Roma.

—Yo también estoy segura.

Pero ninguno de los dos había sido convincente. Su voz resultaba demasiado débil. Renato se golpeó la parte de la chaqueta en que había guardado la libreta. Hizo un gesto de estupor. Su bolsillo estaba vacío.

—¡El libro del doctor!

—¿Qué pasa con él, Renato?

—Que no lo tengo. Se me debió caer.

Renato se levantó de un salto y fue a salir del compartimiento, pero se detuvo y se volvió rápidamente. Señaló a Duccio Valetti.

—¡Usted, Gran Mago, suelte ahora mismo el libro que me robó del bolsillo o lo convierto en fósforo!...

CAPÍTULO XI

Duccio Valetti rió otra vez.

—¿Cómo sabe usted que tengo yo el libro que le desapareció?

—Por sus artes mágicas y por sus artes de la otra clase... Usted me golpeó cuando me iba a sentar.

—Al parecer, es un libro importante.

—Es un libro mío y basta.

—¿Qué pagaría usted por él?

—Nada, no pagaría nada. Y será mejor que me lo devuelva, Gran Mago.

—No se ha registrado usted bien.

—Sé perfectamente dónde llevaba el libro.

—¿Acaso se registró usted las orejas, exactamente la derecha?

—Déjese de bromas.

—No es broma, señor. Usted tiene el libro en la oreja derecha. ¿Quiere que se lo pruebe? —Adelante.

Duccio Valetti se levantó y mostró sus manos vacías al auditorio. Luego dio paso hacia Renato. Alargó la diestra hacia la oreja derecha de Renato, y de allí sacó el libro de tapas rojas.

Renato se lo quitó de un tirón y lo examinó para comprobar que era efectivamente el libro del doctor Martino. No había duda, era el que él debía entregar en el Consejo de Europa.

—No aplaudan, querido público, no aplaudan —dijo Valetti—. Soy un hombre muy modesto y me ruborizan los homenajes a mi trabajo.

El niño despertó y se puso a berrear.

—¿Lo ven ustedes? —dijo Valetti—. Ya hay quien protesta. Ha sido mi sino. Los seres humanos no han aceptado nunca los maravillosos números con que los he obsequiado... Pero un día iré

al infierno, ¿lo oyen, hermanas? Al mismo infierno... Porque estoy seguro de que allí encontraré el selecto auditorio que merecen mis exquisitas exhibiciones. He dicho.

Luego se sentó. Sacó un bocadillo de la chaqueta y se puso a mordisquearlo con fiereza.

La señora trataba de hacer callar al niño.

—Duérmete, Totó... —Se puso a cantar una canción de cuna.

Loreta y Renato escuchaban la canción y Renato empezó a adormilarse mientras el niño seguía berreando.

De pronto, el joven sintió que ella le daba un tirón.

—¿Qué pasa? ¿Se durmió ya el niño?

—No es por el niño por lo que te despierto.

—¿Por qué?

—Por el hombre de las gafas oscuras.

Renato miró a su alrededor, pero seguían teniendo los mismos compañeros de viaje.

—¿Dónde está, Loreta?

Lo vi pasar por el corredor.

—Deben ser suposiciones tuyas.

—Llevaba gafas oscuras.

—Mucha gente lleva gafas oscuras.

—Miraba hacia aquí, pero al ver que yo lo observaba desapareció rápidamente.

—Está bien. Saldré a ver...

—Ten cuidado.

Renato abrió la puerta del compartimiento y salió al corredor.

Vio un par de tipos que fumaban mirando a través de la ventanilla, pero ninguno de ellos era el tipo de las gafas oscuras que habían visto en la estación.

A pesar de eso, siguió hasta el final del vagón, caminando lentamente, mirando por los cristales a los compartimientos. No, en ninguna parte vio a aquel hombre.

Regresó junto a Loreta.

—Ni rastro, Loreta.

—Pudo pasar a otro vagón.

—También es posible que te hayas equivocado. Recuerda que ellos no sabían qué procedimiento íbamos a utilizar para ir a Roma.

—Creo que me has quitado un peso de encima.

—Trata de dormir.

—¿Piensas que podré?

—Muchas veces uno dice que no dormiré por nada del mundo y duermo. A mí lo único que me hace falta es que la señora siga cantándole a su pequeño.

Efectivamente, a Renato y a Loreta no les faltó el canto en voz baja de la señora.

Y Renato se durmió.

Sin embargo, Loreta continuaba despierta. Decidió ir al aseo, y salió del compartimiento.

Estaba llegando al final del vagón cuando una mano la sujetó por el brazo.

Dio un grito, volviéndose.

—Buenas noches, señora. ¿Se le perdió algo?

Era el hombre de las gafas oscuras.

—No, nada.

—La he visto intranquila.

—¿Por qué me sigue?

—Porque es usted muy atractiva.

—¿Admite que me sigue?

—Sí. La vi en la estación y no pude resistir su encanto.

—¿Cuál es su nombre?

—Pierre. ¿Y el de usted?

—Mónica.

—Mónica. Muy bonito. Me gusta.

—Gracias. Y ahora, ¿quiere dejarme?

—Antes quiero decirle algo.

—No puedo escucharle.

—Claro que puede. A usted no le conviene ese tipo.

¿A qué tipo se refiere?

—Al que la acompaña.

—¿Y por qué no me conviene?

—Pásese a mi bando. —¿Qué bando?

—El que ha de ganar.

—Habla usted enigmáticamente, Pierre.

—Tengo que hablar así. Usted es una mujer estupenda y sería lamentable que le pasase algo.

—¿Me está amenazando?

—Sólo la estoy advirtiéndole contra los peligros de echar a perder su hermosura.

—¿Ya terminó?

—Quiero conocer su respuesta.

—No hay respuesta, Pierre.

—Qué lástima —dijo él y, dejando libre a Loreta, se metió en el compartimiento cercano.

Loreta no se movió porque se había convertido en una estatua de hielo. Aquel hombre era el más misterioso que había conocido. Pero ¿no le había dicho lo suficiente para saber que era «uno de ellos»?

Echó a correr, regresando al compartimiento.

Renato seguía durmiendo y lo despertó.

—¡No quiero sandía!... ¡No quiero sandía!

—Cállate, Renato, o despertarás a todo el mundo.

—¿Qué pasa ahora?

—¡El hombre de las gafas oscuras!

—¿Otra vez con esa preocupación?

—No es una preocupación. Es una realidad. Lo encontré. Me habló.

—¿Y qué te dijo?

—Que era muy hermosa.

—Lo que me figuré. Le llamaste la atención y trata de ligar contigo. Ahí lo tienes todo explicado. Un admirador... Deberías estar acostumbrada.

—Renato, no se trata de un vulgar admirador. Es uno de los del Espectro. Me habló de pasar de bando. Dijo que ellos van a ganar..., que tú no me convienes, y hasta me amenazó...

—¿Dónde lo encontraste?

—Al final del vagón, a la izquierda, en el camino al lavabo.

Duccio Valetti estaba haciendo juegos de manos con los naipes.

—Gran Mago —dijo Renato—, ¿quiere hacerme un favor?

—Diga.

—Haga desaparecer otra vez mi libro del bolsillo.

—¿Habla en serio?

—Claro, pero a condición de que me lo guarde en la oreja.

—No me tome el pelo.

Renato sacó cinco billetes de a cien liras.

Son suyos si me hace el juego.

Renato se levantó y Duccio Valetti también se puso en pie, apoyando suavemente su cuerpo en el de Steno. Al separarse, Renato se tocó el bolsillo. Ya no tenía el libro.

—Lo hizo muy bien, Gran Mago. Pero recuerde que me lo sacará de la oreja.

—Trato hecho. No se olvide usted tampoco de pagarme las quinientas liras.

Renato se miró la mano donde poco antes tenía los billetes y se quedó asombrado.

Habían desaparecido.

—Usted los tomó, Gran Mago.

—No diga tonterías. Yo sólo hice desaparecer el libro. Seguramente volvió a meter los billetes en el bolsillo sin darse cuenta.

Renato dio un suspiro y sacó otras quinientas liras, que entregó a Duccio Valetti.

Luego se inclinó sobre Loreta y la besó en los labios.

—Vuelvo enseguida.

Fue en la dirección que Loreta le había dicho y no necesitó andar mucho porque vio enseguida al hombre de las gafas oscuras. Fumaba un cigarrillo. Llegó ante él.

—Hola, Pierre.

—Hola, Renato.

—¿Contemplando el paisaje? —dijo Renato, viendo una mancha de tinta con luces por la ventanilla.

—La noche siempre ha sido emocionante.

—Para un hombre y una mujer.

—Y para el crimen —agregó Pierre con una sonrisa.

—Estoy tratando de ser amable.

—Ya lo sé.

—Creí que me dejarían en paz.

—Queremos el libro.

—¿Qué libro?

Pierre dio una chupada al cigarrillo y expulsó el humo por los agujeros de la nariz mientras respondía:

—Hay tipos que están empeñados en que los troceen.

—Podríamos llegar a un acuerdo, Pierre.

—¿Qué clase de acuerdo?

—¿Quiénes sois vosotros?

—¿Y para qué quieres saber eso, Renato?

—Forma parte del acuerdo.

Pierre rió otra vez con su risita escalofriante.

—Adelante, Renato.

—¿Quién es Espectro 13?

—Eres un párvulo.

—¿Por querer saber quién es Espectro 13?

—Esas cosas no se me preguntan a mí. Tengo muchos años de vuelo.

—Pareces joven.

—No cumpliré ya los cuarenta. Rodé mucho por el mundo, y me tuve que ver con tipos más listos que tú, Renato.

Es una suerte haber conocido muchos países.

—Lo es.

—También habrás conocido muchas mujeres.

—Por centenares.

—Y apuesto a que has tenido aventuras con muchas de ellas.

—Sólo con las más hermosas.

—Y quieres tener tu aventura con Loreta.

—Ella quedó incluida en el lote.

—¿Y crees que la vas a conseguir?

—De eso no tengo la menor duda.

—Eres un tipo muy chistoso.

—Tú eres el único que hace chistes aquí, Renato. Pero te voy a demostrar que te aprecio.

—¿Y cómo lo vas a demostrar?

—Dejándote vivir.

—¿Y qué he de darte a cambio?

—El libro y la chica.

—Y me dejarás vivir arrojándome por la ventanilla.

—Te dejaré salir del tren por tu propio pie.

Renato exhaló el aire de sus pulmones.

—Tal como están las cosas no tengo más remedio que mandarle al cuerno, Pierre.

—No me voy a ir al cuerno. Me quedaré en el tren.

—Olvídate del libro, olvídate de la chica, olvídate de mí, Pierre.

—No podré, Renato.

—Inténtalo, hombre, inténtalo —dijo Renato, y dio media vuelta, encaminándose otra vez al compartimiento.

Cuando se alejaba, oyó otra vez la risa del hombre de las gafas oscuras.

CAPÍTULO XII

Renato se sentó junto a Loreta.

—¿Lo viste? —inquirió ella.

—Sí.

—¿Y qué pasó?

—Hablé con él... Nos dijimos lindezas. Tú tenías razón. Forma parte de la pandilla, pero no es un hombre, es un reptil de sangre fría.

—Y no estará solo.

—Ninguno se podrá comparar con Pierre, aunque le acompañen media docena.

—¿Qué vamos a hacer, Renato?

—El libro está seguro. Lo tengo en la oreja.

Renato miró al Gran Mago. Dormía, como los restantes viajeros, porque había conciliado el sueño hasta la madre del angelote rubio.

—No se atreverán a hacer nada aquí, Loreta. Somos demasiada gente.

—¿Crees que Pierre se detendrá ante un obstáculo?

—Se debe ser prudente hasta para matar y él es un profesional. Son los mejores, pero también son los más prudentes —miró las pupilas de la joven—. ¿Te he dicho que tienes los ojos más hermosos que he visto en mi vida?

—No, no me lo has dicho.

—¿Y la nariz más deliciosa?

—Tampoco.

—¿Y los labios más adorables?

—Me gustaría que me lo dijese en la debida forma.

—A sus órdenes, señorita —dijo Renato y aplastó su boca contra la de ella.

—Renato, ¿qué nos está pasando? —dijo Loreta separándose de él—. ¿Es que no te das cuenta? Hace unas horas no nos conocíamos y de pronto...

—Y de pronto tú y yo nos encontramos en un trozo de la tierra, en un barrio de Nápoles en donde tú ibas a ser elegida *Miss*...

—Es increíble, ¿verdad, Renato? ¿Quién me iba a decir que esta noche iba a ganar el concurso de belleza y a viajar hacia Roma?... Es tan absurdo todo... Los hombres que murieron, ese individuo de las gafas oscuras...

Renato la estrechó entre sus brazos y la besó de nuevo en la boca.

—Loreta, yo no valgo nada.

—Claro que vales.

—He sido lo que uno de ellos dijo. Un pedazo de basura.

—No...

—Y también he sido lo que tú dijiste, un don nadie, un hombre que ha vivido a salto de mata, un aprovechado...

—Cállate.

—No quiero callarme. Quiero que sepas la clase de tipo del que te has enamorado.

—Muy bien. Eres todo eso, ¿y qué? Te quiero, a pesar de todo.

—Repítelo.

—Te lo diré un millón de veces. Pero ¿de qué servirá si sigue ahí el hombre de las gafas oscuras?

—¿Por qué lo metiste ahora de por medio?

—No me lo puedo quitar de la cabeza. Todo se puede arreglar, Renato. Tú has sido un don nadie, has vivido a salto de mata, pero mañana mismo puedes empezar una nueva vida conmigo.

—Sí, Loreta, contigo, porque ya no podría vivir sin ti.

—Y para eso debemos librarnos del hombre de las gafas oscuras.

Renato cerró los ojos y los volvió a abrir.

—Nada, que no podemos seguir hablando sin que el tipo se interfiera.

—Lo siento, pero tengo miedo.

—No te preocupes. Yo te defenderé.

—¿Y quién te defenderá a ti, Renato?

—Caramba, es verdad...

—¿Por qué no recurrimos a la policía?... Creo que ha llegado el

momento de que lo hagamos. Ellos deben de estar a nuestra disposición. Su deber es defender a los ciudadanos de los tipos como el de las gafas oscuras. Y nosotros somos ciudadanos...

—Y pagamos nuestros impuestos... Bueno, yo he pagado alguna vez...

—Renato, es una tontería que hablemos de la policía... No nos dejarán llegar ante ellos. Nos tienen controlados...

—Lo pintas muy feo.

—Como debe ser.

—Estamos como al principio. Nos tenemos que enfrentar con Espectro 13 y su pandilla para llegar a Roma y no debemos esperar ayuda de nadie.

—Después de todo, quizá tengamos suerte.

—¿Por qué no hemos de tenerla, Loreta?

—La merecemos.

—Claro que la merecemos.

Los dos sabían que estaban tratando de darse ánimos.

Renato le cogió la barbilla.

—Loreta, me las he tenido que ver con muchos problemas a lo largo de mi vida, y salí del apuro.

—Pero apuesto a que ninguno fue como éste.

—Te equivocas. Algunos fueron igual de complicados.

—¿Y siempre ganaste?

—Siempre gané.

—Renato, no sabes cuánto me gusta que digas eso —repuso Loreta y lo besó en la boca.

—Hace calor aquí. Salgamos fuera.

Ella asintió.

Salieron al corredor.

No vieron a Pierre.

—Renato, estaba pensando que me dejases trabajar en el cine.

—Ni pensarlo.

Podrías ser mi representante.

Pero ¿quién crees que soy yo?

El hombre que yo quiero.

—Sí y yo quiero a mi mujer para mí solo.

—Vitorino está seguro de que triunfaría en la pantalla.

—A ese Vitorino le voy a romper la cara si se acerca a más de un

metro de ti.

Una voz dijo:

—Buenas noches.

La joven lanzó un grito.

Renato volvió la cabeza.

Era Pierre y le acompañaba un hombre que también cubría los ojos con gafas oscuras.

Ambos manejaban pistola.

—Llegó la hora de ajustar cuentas —dijo Pierre.

—¿Tienes licencia para usar armas de fuego? —preguntó Renato —. Y para usar cañón también.

—¿Y por qué no traes el cañón?

—Pesa mucho. Y se acabó mi paciencia, Renato. El libro.

—Aquí tienes un tipo con una idea fija, Loreta. Siempre está pidiendo lo mismo. El libro.

—Regístralo, Jean.

Jean pasó junto a Loreta se colocó detrás de Renato y empezó a registrarlo empezando por los calcetines. Al llegar al cuello parpadeó.

—Eh, Pierre, no lo tiene.

Pierre arrancó de un tirón el bolso de Loreta.

—¡Eh, deme eso!... ¡Es mío!

—Te lo daré, duquesa. En cuanto haya sacado el libro.

—No tengo ningún libro.

—Déjame que lo compruebe.

Pierre abrió el bolso y se lo devolvió a Loreta.

—Dijiste la verdad, Loreta.

—Yo siempre digo la verdad.

—Renato, ¿dónde está el libro del doctor Martino?

—No tenemos más remedio que confesar, Loreta —Steno hinchó los pulmones de aire y dijo solemnemente—: Lo vendí.

—¿Lo vendiste? ¿A quién?

—A otro postor.

—¿Cuándo?

—Antes de llegar a la estación.

—¿Cómo se llama el comprador?

—Otto Schell.

—Mientes.

—Hay un Otto Schell en Nápoles.

—Claro y se dedicará a vender plumas estilográficas de ocasión.

—Sólo sé que compra secretos que valen muchos millones, como por ejemplo el del doctor Martino.

¿Y cuánto te dio?

Diez millones de liras.

¿Y dónde está el dinero?

—Hice una transferencia bancaria a Nápoles.

Pierre se echó a reír.

—Conque diez millones de liras y utilizaste el tren para ir a Roma.

—Loreta y yo pensamos que era el mejor camino para llegar a Roma. Aquí hay mucha gente. Fue lo que nos dijimos. Pero nos equivocamos, porque también disteis con nosotros.

—¿Qué te parece la historia, Jean?

—Apesta.

—Yo también siento el mal olor.

—Entonces les sugeriré algo. ¿Por qué no se bañan los dos?

—¡Fuera estupideces, Renato!

—Fuera —asintió Renato—. Ya acabamos, Loreta. Podemos volver al compartimiento. En aquel momento se abrió la puerta del compartimiento y apareció el Gran Mago, quien dijo con voz somnolienta:

—Eh, amigo, creí que se había largado sin el libro.

Renato soltó una maldición para sus adentros.

—No sé a qué se refiere, señor Valetti.

De buena gana le hubiese pegado una patada en la espinilla.

Valetti se restregó los ojos.

—Ah, hola, señorita, está muy guapa incluso a estas horas de la noche. Lástima que no viaje sola. Voy a seguir durmiendo. Buenas noches, caballeros.

—Espere un momento —dijo Pierre—. Suelte el libro.

—Eh, ¿quién es usted?

Pierre le puso la pistola debajo de la nariz.

—El tipo que da las órdenes, y ya le di una a usted, señor Valetti. Saque el libro que le entregó Renato.

Valetti miró a Renato Steno con la boca abierta.

—¿Qué pasa aquí, amigo?

—Pasa que usted metió el remo.

—¿Debo sacar el libro?

—Sí, ande, de mi oreja.

Jean gritó:

—Eh, Pierre, estos tipos se llevan algo entre manos. Será mejor que empecemos a plomazo limpio con ellos antes de que nos la jueguen.

Renato señaló a Valetti.

—Es el Gran Mago, un tipo que sabe camuflarlo todo.

—No me va a camuflar a mí una bala —gruñó Pierre.

—Usted lo que quiere es el libro —dijo Valetti—. Enseguida se lo sirvo.

Hizo un pase con la mano y de sus dedos pareció brotar el cuaderno del doctor Martino. Pierre se lo quitó de un manotazo. Observó algunas hojas, especialmente la última escrita.

Ya tenemos lo que buscábamos, Jean.

Estupendo. ¿Plomo con ellos?

Armaríamos demasiado jaleo. Además, estoy seguro de que Renato es un hombre sensato y sabrá lo que es perder —Pierre se guardó el libro en el bolsillo mientras esbozaba una sonrisa—. Estaremos en el tren muy poco tiempo. Ustedes pueden continuar su viaje a Roma... Excepto Loreta... Ella viene con nosotros...

—Pero ¿qué dices, desgraciado? —replicó la joven.

—Nena, tú entras en el lote. Fue lo que acordé con Renato si lo dejaba vivo.

—No hice ningún acuerdo contigo, Pierre —repuso Steno.

—¿Qué quieres? ¿Morir también?

—No te atreverás a disparar aquí.

—No, no me atreveré a menos que uno de vosotros lo quiera.

—¡Lárguese ya que tiene el libro! —exclamó Loreta.

—Contigo.

—Ni lo piense.

—Entonces habrá más balas para la barriga de tu amiguito. —Pierre apuntó al estómago de Renato y arqueó el dedo en el gatillo.

—¡No! —exclamó Loreta.

—¿Vienes conmigo?

—Sí.

—Así se habla, nena. Ponte al lado de Jean. Rápido.

La joven dirigió una mirada a los ojos de Steno.

—Lo siento, Renato.

—Más lo siento yo.

La joven dio un paso hacia Jean.

El Gran Mago saltó sobre Pierre, pero éste estaba atento y le pegó en la cabeza con el cañón del revólver.

El Gran Mago cayó sobre él y Pierre se lo quitó de encima de un manotazo.

Renato se dispuso a saltar también sobre Jean, pero éste le metió el cañón de la pistola en el riñón.

—Un paso más y acaba tu cochina vida, entrometido.

Renato se contuvo y Pierre lo golpeó en la nuca.

Renato empezó a verlo todo oscuro al mismo tiempo que oía un grito de Loreta y la voz de Pierre.

—Nena, si haces más ruido líquido a este ratero de pacotilla. Luego ya no oyó más.

Pasaron unos minutos y se recuperó.

El corredor estaba vacío y el tren se acababa de detener.

El Gran Mago se incorporaba también soltando extrañas palabras.

—¡Han bajado del tren! —gritó Renato y echó a correr.

El Gran Mago fue detrás de él.

Bajaron en la estación.

Renato se dirigió a un mozo.

—Eh, chico, busco a unos pasajeros que acaban de bajar del tren.

—Bajaron muchos.

Los que yo busco son inconfundibles. Dos hombres con gafas oscuras...

Y una mujer de ensueño.

¡Es ésa!

—No habría reparado en los tipos si no hubiesen llevado gafas oscuras, pero la culpa es de ella. Madre mía, qué mujer...

—Oiga, es mi novia.

—¿Cómo iba con ellos?

—Me la quitaron... Son sus primos. Iba a Roma a casarme con Loreta, pero la familia de ella no me quiere. Soy un cualquiera, ¿comprende? Un tipo trabajador, pero un cualquiera. Ellos son muy

finos...

—Hay cada familia canalla por ahí...

—Y que lo diga, amigo. ¿Adónde fueron?

—¿Cómo quiere que sepa adónde fueron?

—Bueno, usted se fijó en la muchacha.

—Vi que se iban al aparcamiento... Le acompañaré. Allí está mi amigo Benvenuto...

El Gran Mago se acercó a Renato.

—¿Alguna noticia?

—Todavía no.

El empleado le dirigió una mirada a Valetti y Renato dijo: —Es mi amigo. Me ayuda. Fueron al aparcamiento y allí el mozo habló con Benvenuto. Le contó la historia de Renato.

—Oh, sí, la mujer —dijo Benvenuto—. Qué hembra... —Se llevó los dedos a la boca—. Los estaba esperando un coche negro, muy grande. Había un tipo al volante. Los oí hablar.

—¿Qué decían?

—Bueno, me flaquea la memoria, ¿verdad que sí, Gino?

—Oh, sí, mucho.

—Y no se arregla ni con el fósforo.

Renato sacó un fajo de billetes.

—Quizá esto le venga bien.

Benvenuto echó mano a los billetes.

—Gracias, compañero. Es usted comprensivo con los enfermos.

—Hable, ¿qué dijeron?

—Se iban a Roma.

—¿Está seguro?

—Claro que estoy seguro. Uno de los tipos de gafas oscuras, el más alto, le dijo al que conducía: «Y ahora a Roma».

—¿Y qué más?

—Dijeron otras cosas, pero no tenían sentido para mí.

—¿Qué dijeron?

—El tipo de las gafas oscuras dijo: «Ya lo tengo todo, pero la chica es sólo mía»... Qué cosas, ¿eh?

—¿Algo más?

—Nada. Y ahora ya no lo arregla con dineritis.

—Vámonos, Valetti —dijo Renato.

Volvieron a la estación y subieron al tren en el momento en que

éste se disponía a partir.

Se quedaron en la plataforma y el Gran Mago dijo:

—Hice algo por ti para compensarte, Renato.

—¿A qué te refieres?

—¿Cuál es mi especialidad? El escamoteo... ¿Qué pensaste cuando me lancé sobre Pierre? ¿Que lo iba a desarmar? Habría sido una locura. Mi intención sólo era quitarle la cartera.

—¿Se la quitaste?

Valetti hizo un pase con la mano y exhibió la cartera.

—Duccio, ¿por qué no me lo dijiste antes?

—Era más importante que tú hicieses tu investigación porque ellos podrían encontrarse todavía aquí. Si te enseñaba la cartera, podríamos perder hasta el tren.

Renato le quitó la cartera. Había un pasaporte a nombre de Pierre Olivier. Francés. En la fotografía estaba sin gafas y correspondía perfectamente con el original. Había también ocho tarjetas de visita, veinte billetes de mil liras y unos cien francos.

—¿Algo de importancia? —preguntó Valetti.

—Está incluida la dirección de Pierre en París, pero nosotros sabemos que se dirige a Roma. Ese tipo trabajará en todas partes... Ni siquiera sabemos si reside donde aquí dice. Pero es lo de menos. Es en Roma donde hemos de resolver nuestro asunto. ¿Lo entiendes? —¿Y en las otras tarjetas?

En ellas pensaba. Ya se me ha ocurrido algo para cuando lleguemos.

CAPÍTULO XIII

Ya estaban en Roma.

Renato y Duccio se metieron en una cabina telefónica.

—Que tengamos suerte —dijo el Gran Mago.

—¿Tú dices eso? Entre tus habilidades podrías haber tenido la de acertar cuál de estos tipos está mezclado con Espectro 13.

—Me olvidé de la Astrología.

Renato mateó el primer número. Era el de un abogado, Gian Zeffirelli.

Descolgaron a la otra parte.

—¿Señor Zeffirelli?

—Sí. Soy yo.

—Espectro 13 al habla.

—¿Cómo ha dicho?

—Espectro 13. Informe Zeffirelli.

—Pero ¿quién demonios es usted? ¿Un loco? ¿Qué Espectro 13 ni que zanahorias?...

Zeffirelli pegó un golpe en la horquilla.

—Falló el primero —dijo Renato.

Marcó el segundo, Mario Rondi, inspector de una casa de seguros.

—¿Señor Rondi?

—Soy la señora Rondi.

—Buenos días, señora Rondi, quiero hablar con su esposo. —
Está en la ducha.

—Es urgente.

—Está bien... ¡Mario!... ¡Mario!... ¡Te llaman! ¡Es urgente!...
Renato oyó a lo lejos la voz del señor Rondi.

—¡Ya voy!

Luego pasos.

—Habla Rondi, ¿quién es?

—Espectro 13.

—¿Ah, sí?

—Sí, señor Rondi, Espectro 13 al habla. Informe.

—Espectro 13, aquí sus Muertos 14... ¿Cómo me hace salir de la ducha para tomarme el pelo? ¿Sabe lo que es usted? ¡Un cornudo!

—Lo siento, señor Rondi, pero no soy casado. Que se duche bien.

Renato colgó.

—Tampoco hubo suerte, ¿eh? —dijo Duccio Valetti.

—Ninguna... Vamos con la tercera.

Pero la tercera, la cuarta y la quinta llamada obtuvieron el mismo resultado, contestaciones desabridas por parte de los interesados.

Renato se desalentó mucho.

—Creo que nos equivocamos, Gran Mago... ¿Por qué ese tipo iba a llevar una tarjeta de un miembro de la banda?

Porque no lo conocía, ya que es francés y esto es Roma. Sigue llamando.

Seguiré porque ya sólo quedan dos.

Marcó el número de Bruno Camoletti, un dentista.

—¿Señor Camoletti?

—Yo soy.

—Aquí Espectro 13. Informe.

—Todo fue bien.

Renato sintió un estremecimiento. Había dado en el clavo.

—No me basta.

—Ellos llegaron.

—De acuerdo.

Luego colgó.

—¿Ya diste con él, Renato?

—Sí. Vamos a su casa, rápido, antes de que tenga tiempo de reaccionar. Si recibe la llamada de algún miembro de la banda se acabó porque se hará humo.

Cogieron un taxi, que los llevó hasta la dirección del odontólogo, un lujoso edificio de apartamentos.

—Caramba, parece que rinde el sacar muelas al señor Camoletti

—comentó Valetti.

—Quizá le rinda otra cosa.

—El espionaje, ¿eh?... ¿Por qué infiernos no habré elegido yo esa carrera?

—Quizá porque eres decente.

—Demonios, no me había dado cuenta.

Entraron en el edificio y el conserje los miró con atención.

—Tengo cita con el doctor Camoletti —dijo Renato—, pero es la primera vez que vengo.

—Tercer piso, puerta 24.

Renato y Duccio subieron hasta el tercer piso en el ascensor. La placa de Camoletti estaba sobre la puerta 24.

Apretaron el timbre y les abrió una bonita enfermera de cabello rubio platino.

—Adelante, señores.

La enfermera se sentó tras una mesa.

—¿Quieren ser atendidos los dos? —preguntó.

—Yo solo, señorita —contestó Renato—. Pero es urgente, ¿sabe?... Una terrible infección.

—¿Su nombre?

—Claudio Rangoni.

—¿Vive en Roma?

—Sí.

—¿Dirección?

—Vía Strabelli, 224, apartamento C.

La enfermera apuntó aquello y entró por una puerta.

Pasaron dos minutos y reapareció.

—Pase, señor Rangoni. Su amigo puede esperar.

Renato entró en el gabinete del doctor. Vio a éste detrás de una mesa sentado, pero ahora se levantó y salió a su encuentro, tendiéndole la mano.

Mucho gusto, señor Rangoni.

Lo mismo digo.

—¿Qué puedo hacer por usted?

—Mucho. ¿Dónde está ella?

—¿Ella?

—Loreta Monti.

—No comprendo...

—Fuera máscaras, doctor. Soy el tipo que le llamó antes.

—Perdone —sonrió el doctor Camoletti—, pero esta mañana no me llamó nadie. No tengo citados a los pacientes hasta las diez y todavía falta media hora. Por eso tuvo suerte.

—No, no tuve ninguna, doctor. Me quitaron a la chica.

—¿Sí?

—Me la secuestraron.

—Señor Rangoni, estoy confundido. Pero si es verdad lo que está diciendo, debió acudir a la policía.

—Espectro 13.

Bruno Camoletti hizo un gesto de asombro.

—¿Se encuentra bien, señor Rangoni?

—No soy Rangoni, ni Claudio. Mi nombre es Renato Steno.

—No comprendo una palabra, señor Steno... ¿Me quiere decir qué significa todo esto?

—Le está saliendo mal el truco.

—¿A qué truco se refiere?

—A su incompreensión.

—La verdad, estoy hecho un lío.

—Es lógico que esté hecho un lío porque, de pronto, se ha encontrado con que alguien conoce su otra personalidad. —¿A qué otra personalidad se refiere?

—Me está cansando, señor Camoletti. Sabe perfectamente de qué hablo. Usted es un miembro de la pandilla.

Bruno Camoletti apretó los maxilares.

—Señor Steno, ha agotado mi paciencia. Si no sale inmediatamente de mi gabinete, tendré que llamar a la policía.

—¿Se atrevería a llamar a la policía?

—Quédese y lo sabrá.

—Me quedo.

—Muy bien. Usted ha elegido.

El doctor Camoletti echó a andar hacia la mesa.

Renato lo dejó llegar ante ella y también lo dejó descolgar el teléfono y marcar un número.

Entonces Renato fue hacia él y le pegó en la clavícula con el filo de la mano...

Camoletti cayó en el suelo lanzando un gemido y Renato dejó el teléfono en la horquilla.

Camoletti lo miró con los ojos llenos de odio.

—¿Se da cuenta de lo que acaba de hacer, señor Stone?

Dígamelo usted.

Me ha agredido.

—Sí, lo he agredido, ¿y sabe por qué, dentista de pega? Porque usted no estaba llamando a la policía. Lo dejé marcar hasta cuatro números. A la otra parte no habría salido ningún policía. ¿Lo entiende? ¿O cree que estoy idiota? Esta vez fue a usted a quien le salió mal el truco, amiguito.

Camoletti empezó a ponerse en pie y se lanzó sobre Renato, pero no pilló desprevenido a su visitante.

Renato le pegó un rodillazo en el bajo vientre.

Camoletti cayó sobre los cuartos traseros.

Esta vez Renato lo acompañó en su viaje y lo atrapó por las solapas de la bata blanca. Lo abofeteó dos veces, y cada bofetada sonó como un disparo.

—Camoletti, estoy en un grave apuro... Quiero a la chica que me quitaron. Me enamoré de ella... Me llamaron basura. Quizá sea cierto. Por eso no me importará destrozarle la boca, y le aseguro que si eso llega a ocurrir, necesitará algo más que las manos de un colega para arreglársela. Palabra de Renato Steno.

—Está chiflado.

Renato le pegó un puñetazo en la boca.

Camoletti empezó a echar sangre. Su labio superior estaba partido.

—¿No se lo dije, Camoletti? Estoy hablando en serio. Renato rió siniestramente.

—¿Qué quiere saber?

—Eso está mucho mejor... ¿Dónde está Loreta?

—No lo sé.

—Malo.

—¡No lo sé!... ¡Se lo juro!

—¿Cómo sabe entonces quién es Loreta?

—Me hablaron de usted.

—¿Quién le habló?

—Un hombre que trajo la chica. Conducía el auto.

—¿Quién es?

—Renzo Capini.

—¿Dónde está?

—Lo ignoro.

Renato le pegó otro puñetazo en la boca.

—Camoletti, está camino de convertirse en un tipo con dentadura postiza y eso está muy mal para un dentista...

—Oiga, le daré dinero...

—Olvídelo. Sólo quiero mi chica.

—Un millón de liras...

—Diga otra cantidad y juro que le saco tres dientes de un solo golpe, a la primera y sin instrumentos...

CAPÍTULO XIV

—¡Quítame las manos de encima! —gritó Loreta.

Había sido conducida a una residencia campestre, en las afueras de Roma, una casa grande con un hermoso jardín.

Pierre sonrió.

—He hecho mucho por ti, pequeña. Estabas condenada a muerte y te salvé.

—Pudiste dejarme con Renato.

—El no te merecía.

Estaban en una terraza.

Jean se escanciaba *whisky* en un vaso.

—No bebas más —dijo Pierre.

—¿Por qué te metes conmigo?

—Porque ya has bebido dos vasos y no quiero que te veas así
Espectro 13.

Loreta enarcó las cejas.

—¿Va a venir Espectro 13?

—Sí, nena, conocerás al supremo jefe... ¿Sabes una cosa? El ordenó que fueses liquidada.

—Entonces, ¿para qué me has traído aquí? Querrá matarme. —
No, él no te matará si yo se lo pido.

—Pero él es el jefe y tú un empleado.

—Soy un empleado muy especial —sonrió a Pierre con orgullo
—. De mucha categoría.

Se oyó llegar un coche.

Pierre se levantó de la silla y fue a la veranda.

—Ya llega el jefe. Jean.

—Bienvenido.

—Deja el *whisky*.

Jean bebió de una sola vez el contenido del vaso.

—Eres un bruto, Jean —le dijo Pierre. Jean soltó una risita.

—Tú tienes a las mujeres, yo tengo al *whisky*. Hay empate. No me meto contigo, tú no te metas conmigo... —Estropearás tu carrera.

—Soy un fiel cumplidor, pero no se puede decir de ti lo mismo. La orden era que viniésemos solos aquí y tú te presentas con una chica... ¿Cómo vas a explicar eso?

—Eso es asunto mío.

—Claro que es asunto tuyo, y por eso no quiero soportar las consecuencias.

—No te preocupes.

Oyeron que alguien abría la puerta de la casa.

Era Loreta que ya estaba mirando la puerta de la terraza. Vio entrar a un hombre de unos cincuenta años, con muy poco cabello en el cráneo, y ese poco estaba blanqueado por las sienes. Vestía un traje elegante, a rayas.

Como cabía esperar, se sorprendió al ver allí a una mujer.

—Misión realizada, señor Caffaro —dijo Pierre.

—No, no está realizada.

—Le traigo el libro del doctor Martino.

Pierre se había dado cuenta de que le faltaba la cartera, pero eso ocurrió cuando ya estaban en camino de Roma. Pensó que la había perdido y eso no tenía importancia. Para la organización no era problema facilitarle otro pasaporte. Era Pierre Olivier, pero dentro de unos días podría ser Dimitri Malinovski, En Viena, o Lawrence Rattigan, en Londres...

Caffaro seguía examinando a la joven.

—¿Y ella, Pierre?

—Loreta Monti.

—*Miss Vesubio*.

—Sí, señor Caffaro.

—Una elección bien hecha.

—Celebro que esté de acuerdo conmigo.

—No estoy de acuerdo contigo, Pierre.

Jean soltó una risita.

—Se lo advertí a Pierre, señor Caffaro.

—¡Tú te callas, Jean! —le interrumpió Pierre.

Caffaro dio unos pasos hacia la joven.

—Augusto Caffaro, banquero.

—Y Espectro 13.

—Sí, Loreta, Espectro 13.

—¿Por qué se llama así?

—Tenía que elegir un nombre.

—Y le gustaron las películas de James Bond.

—No, todo lo contrario. No me gustan nada. Ese tipo de agente no existe. Es un Supermán y al mismo tiempo un perfecto imbécil.

—¿Por qué? A mí me encanta.

—Si James Bond se enfrentase con nosotros, habríamos acabado no menos de seis veces con él en el curso de una aventura. Demasiados errores, Loreta, y es que hay mucha diferencia entre la vida real y lo que ocurre en las películas.

—De modo que aquí no habrá final feliz.

—¿Qué entiendes por final feliz?

—Que yo vuelva a mi casa.

—Con el hombre que amas.

—Es posible.

—¿Y quién es?

—No se lo diré.

Pierre intervino:

—Renato Steno.

—Hombre, el gran Renato Steno. No he dejado de oír hablar de él desde ayer... Bueno, han sido unas horas, pero me ha parecido un siglo... —Caffaro sonrió—. Ese pobre muchacho llegó a creer que podía jugármela.

Señor Caffaro, he sido traída aquí sin mi consentimiento.

Caffaro chasqueó la lengua y miró a Olivier.

—Eso está muy feo, Pierre.

—Quiero volver con Renato —dijo Loreta.

Caffaro dio un respingo.

—¿Está vivo, Pierre?

—Sí.

—Ordené su muerte.

—No pude matarlo.

—¿Por qué no pudiste?

—Estábamos en el tren. Las cosas se precipitaron. Tuvimos que

hacer el trabajo allí mismo. La gente dormía, y nuestra fuga habría sido difícil. Por otra parte, lo que más le interesaba era el libro del doctor Martino. ¿O me equivoco, señor Caffaro?

Hubo una pausa.

—¿Estás seguro de que Renato no siguió tu pista?

—No —dijo Pierre y volvió a recordar su cartera desaparecida.

Pero ¿por qué se preocupaba por tal incidente? Suponiendo que hubiese caído en manos de Renato, cosa improbable, la cartera no le serviría para nada.

—Dame el libro.

Pierre lo sacó del bolsillo y se lo entregó a Caffaro. Éste lo estuvo revisando. —Buen trabajo, Pierre.

—Gracias.

—Espero visita.

—¿Quién va a venir?

—El comprador.

Pierre se quitó las gafas oscuras.

Loreta pudo ver sus ojos. Eran de color verdoso, con párpados blancos. Eran unos ojos que daban miedo. Por eso comprendió por qué aquel hombre se cubría con las gafas oscuras. Resultaba más atractivo así, pero al quitarse las gafas lo perdía todo.

—¿Quién es el comprador, señor Caffaro?

—¿Por qué lo quieres saber?

—Me hablaron de Clark Merrill.

—No es Clark Merrill.

—¿Quién es?

—John Masterson.

—El hombre de Wall Street...

—Sí, Pierre.

—Entonces usted cobrará fuerte.

—Quizá.

—¿Cuánto?

—No hace falta que lo sepas.

—Debo saberlo porque es mi último trabajo para usted.

—¿Cómo has dicho?

—Que no trabajaré más para Espectro 13.

Caffaro se echó a reír y miró a Loreta.

—Conque es la chica... Te tocó la fibra... Pierre, el mujeriego,

arroja los guantes porque *miss Vesubio* se cruzó en su camino.

—Será mejor que no se burle de mí —advirtió Pierre, y su voz sonó extrañamente ronca.

—Perdona, Pierre, no trataba de burlarme.

—Así está mejor.

—Ten cuidado tú también. Soy el jefe.

—Muy bien. Salvado este incidente, pasemos al pago.

—Recibirás la cantidad, Pierre.

—¿Qué cantidad?

—Veinticinco mil dólares.

—Muy poco.

—Yo diría que es mucho, Pierre, Más de lo que hayas podido ganar en tu vida con cualquier otra cosa.

—Nunca me metí en un asunto tan importante como éste.

—Quedamos en que yo señalaría el precio, Pierre.

—Pero lo pone muy barato... ¿Cuánto va a cobrar usted, Caffaro?

—Yate lo he dicho...

—Sí, ya me ha dicho que no hace falta que lo sepa, pero lo debo saber. ¿Qué será? ¿Un millón de dólares? ¿O dos millones? El descubrimiento del doctor Martino es el arma más decisiva que ha descubierto un hombre.

—Está la bomba atómica.

—Es mejor que la bomba atómica.

—Está la bomba de hidrógeno.

—Es mejor que la bomba de hidrógeno.

—Están las drogas que anulan la voluntad.

—No siga por ese camino, Caffaro. El compuesto químico del doctor Martino supera todo lo que usted pueda decir de aquí hasta mañana. Es una droga que devuelve al hombre a su estado más primitivo, a la situación en que se encontraba antes de convertirse en un ser racional. ¡Lo convierte en un mono! La organización o el Estado que tenga en sus manos ese descubrimiento serán los dueños del mundo... Bastará con que las aguas de cierto país sean contaminadas para que los seres humanos que viven en miles de kilómetros cuadrados se conviertan en tipos peludos que treparán por las casas, y las ciudades y los pueblos se convertirán en auténticas junglas pobladas por monos...

—Muy hermosa tu descripción.

—No lo dije para que alabase mi oratoria, sino para que sepa que me doy cuenta de la trascendencia de lo que acabo de hacer. Yo le he proporcionado el libro.

—Habría caído en nuestras manos sin necesidad de ti.

—¿Por qué no lo tuvo usted antes de que yo interviniese? ¡Sólo Pierre Olivier le trajo el libro!

—Está bien, fuiste tú y vas a recibir tu dinero.

—El justo.

—Subiré a treinta mil.

—Cincuenta mil.

Estás loco.

—Cincuenta mil y ni un centavo menos.

—¿Y qué más quieres?

—La chica, naturalmente.

Caffaro miró a la joven. La estuvo observando.

—Trato hecho.

Pierre sonrió por primera vez en mucho rato.

—Sabía que usted y yo negaríamos a un acuerdo, Caffaro.

—Yo también lo sabía —rió también Espectro 13.

La joven se levantó de un salto.

—No me ha preguntado cuál es mi opinión, señor Caffaro.

—¿Y cuál es tu opinión?

—No quiero a Pierre.

—¿Has oído eso, muchacho? No te quiere.

—No me importa lo que ella diga. Y a usted tampoco le debe importar, Caffaro.

El banquero se encogió de hombros.

—Ya lo has oído, cariño. Pierre es muy suspicaz.

—¿Qué clase de jefe es usted, Espectro 13? Usted iba a dar veinticinco mil dólares y Pierre protestó y consiguió cincuenta mil dólares, y ahora también le impone su voluntad. Usted le dio orden de que me liquidase, y no me mató. Quizá usted piense que resultó bien para mí, pero se equivoca. Antes que caer en manos de Pierre, prefiero mil veces la muerte...

Hubo un silencio.

Pierre soltó su risita escalofriante mientras se ponía las gafas.

—Cariño, tu discurso no sirvió para nada.

En aquel momento se oyó el claxon de un coche.

—Creo que es el comprador —dijo Caffaro.

Jean anunció, mirando hacia el jardín:

—Es un coche negro. Un conductor y dos pasajeros. Matrícula de Nueva York. —John Masterson— dijo Caffaro.

CAPÍTULO XV

John Masterson era un hombre de cuarenta y cinco años de edad, alto, de rostro bronceado.

—Interrumpí mis vacaciones en las Bermudas, señor Caffaro.

—Pues ha sido una interrupción que no olvidará usted en el resto de su vida.

—Eso hace falta comprobarlo.

John Masterson era acompañado por dos tipos con aspecto de pistoleros. Se habían quedado junto a la puerta cerrada, vigilándola.

El único interlocutor de Masterson era Augusto Caffaro.

El banquero sacó el libre del doctor Martino.

—¿Dónde está ese ayudante?

—Murió.

—Entonces, ¿cómo lo prueba?

—Señor Masterson, no tengo el menor interés en venderle a usted la fórmula. Déme el libro y márchese.

Caffaro, uniendo la acción a sus palabras, se acercó a Masterson y le quitó el libro de las manos.

—Otros pagarán por usted, Masterson, pero le aseguro que se arrepentirá.

—Ya me ha dado la prueba —sonrió Masterson—. Déme el libro.

—¿Está convencido?

—Si, había mucha decisión en sus palabras, y yo conozco bien a los seres humanos, incluidos los que son como usted, Espectro 13.

—Ahora me toca a mí hacer la comprobación.

—Adelante.

—¿Dónde está el millón?

Masterson hizo chasquear los dedos, y uno de los pistoleros se adelantó con un maletín que había mantenido a la espalda. Lo dejó

sobre una mesa.

Caffaro abrió el maletín.

Los fajos de billetes estaban colocados simétricamente.

Volcó el maletín sobre la mesa y contó rápidamente los fajos.

—Un millón de dólares —dijo—. Estoy satisfecho.

—Yo también espero estarlo.

—¿Puedo pedirle un favor, señor Masterson?

—Diga.

—Cuando vaya a contaminar las aguas con la fórmula, pásame un aviso para marcharme al lado opuesto del planeta. ¿Qué haría un mono con un millón de dólares? Se abrió la puerta y la voz de Pierre dijo:

—Le voy a quitar esa preocupación, Caffaro —tenía una pistola en la mano.

A su lado estaba Loreta, a quien sujetaba con la mano libre, y junto a la joven, Jean, que manejaba también un arma.

Caffaro se puso rojo.

—Pierre, te ordené que esperaras en la terraza.

Sí, pero le dije a Jean que nos convenía estar aquí.

—¿Por qué?

—Para rematar el negocio como yo quería, señor Caffaro.

—No te entiendo.

—Usted pierde y yo gano.

—Explícate.

—El millón de dólares es para mí.

—¿Entero?

—Sin centavos.

John Masterson intervino:

—Bueno, señor Caffaro, ya veo que tiene usted problemas domésticos. No son de mi incumbencia. Vamos, muchachos.

Pierre dijo:

—El que se mueva, se va al infierno.

Los dos pistoleros y Masterson siguieron inmóviles.

Una venilla se hinchó en la sien derecha del hombre de Wall Street.

—¿Se llama Pierre?

—Exacto, señor Masterson, Pierre Olivier, aunque sólo provisionalmente. Cambio de nombre como de ropa interior...

—Oiga, Pierre, he hecho un negocio con su jefe. Lina fórmula a cambio de un millón de dólares. Si quiere el millón, tómelo y disfrútelo como quiera. Yo estoy en paz. Me llevo la fórmula y la aventura acabó para mí.

—Usted no se lleva nada.

—¿Qué ha pensado?

—Quedarme con el libro del doctor Martino.

—Y con el millón de dólares.

—Correcto.

—No le aconsejo que haga eso, Pierre.

—¿Y por qué no, señor Masterson? Oh, sí, usted se vengará. — Pierre se echó a reír—. Pero los muertos no se vengan, señor Masterson. Todos ustedes se van al infierno...

¿No es verdad, Jean? —Seguro.

Uno de los pistoleros, el que no había transportado el maletín, llevó la mano a la axila. Se ganó la primera bala, la que salió de la pistola de Pierre. El pistolero recibió el impacto en el pecho y se derrumbó. Siguió un silencio.

Pierre rió.

—¿Qué les parece mi puntería?

Masterson estaba pálido como un muerto, pero no dijo nada. Caffaro chilló.

—¡Pierre, soy Espectro 13!

—¿Cree que soy un chiquillo que se asusta por un nombre estúpido?

—No quiero morir.

—Pues tiene que morir.

—Quédate con el millón.

—Gracias por el regalo.

—Quédate también con la fórmula.

—Muy amable.

—Sólo quiero salir de aquí con vida.

—Apelación rechazada.

—¡Pierre, soy tu jefe!

—Lo era —dijo Pierre y apretó el gatillo.

Se oyó otro estampido.

Caffaro, alias Espectro 13, se tambaleó, pero logró apoyarse en la mesa. Sus ojos se desorbitaron.

Tenía un agujero en el centro del pecho.

—Canalla... miserable... —dijo y soltó una bocanada de sangre. Luego se derrumbó.

Masterson dejó oír su voz:

—Pierre, necesito hombres como tú.

—¿Y qué más? Anda, diga también que necesita una chica como ella.

—Tengo todas las que quiero.

—Pero no como Loreta. ¿No lo sabe? Es una *miss*.

—Por mi yate pasan media docena de *misses* al año, y no me conformo con cualquiera.

—Qué buen gusto —dijo Pierre y volvió a disparar.

La bala le entró por la boca a Masterson. Su cabeza reventó.

Sus restos se abatieron junto a Caffaro.

El otro pistolero comprendió que le llegaba la hora, y sacó la pistola.

Pierre estaba un poco ladeado y no pudo hacer nada, pero Jean saltó hacia delante. El pistolero de Masterson hizo fuego.

Jean recibió la bala.

Entonces se incorporó un nuevo personaje a la escena, alguien que entró por la ventana.

Pierre se puso a disparar sobre aquella bola con aspecto humano, pero el blanco era muy movable y no acertó.

Loreta gritó:

—¡Renato!

Steno quedó de bruces y se puso a disparar con una pistola «Luger».

Pierre se había quedado unos instantes perplejo al identificar al recién llegado.

Y eso resultó fatal para él.

Los plomos que le enviaba Renato mordieron en su carne y lo lanzaron contra la pared.

Sólo estuvo de pie unos segundos y se vino hacia delante.

Al caer, se rompió las gafas, pero no lo supo porque ya estaba muerto. El pistolero que se había cargado a Jean movió el revólver hacia Steno.

—¡Cuidado, Renato! —gritó Loreta.

El joven siguió apretando el gatillo.

El pistolero venido del otro lado del Atlántico supo que se iba a morir cuando en su vientre le estallaron las tripas.

Loreta corrió al lado de Renato, y se arrodilló junto a él.

Renato la estrechó entre sus brazos y la besó en la boca.

Se oyeron pasos en la entrada y Renato se apartó de Loreta y apuntó al hueco con la pistola.

Entró Duccio Valetti, el Gran Mago.

Miró los muertos que había en la habitación y dijo:

—Muchacho, ¿cómo vas a explicar esto?

—Con la fórmula del doctor Martino.

Loreta pasó una mano por el cabello de Renato.

—He pasado el mayor susto de mi vida. Creí que ya no te vería más. ¿Cómo pudiste llegar aquí?

—Por un dentista.

Se oyeron sirenas policíacas.

—¡La policía! —exclamó Loreta.

—Llamé al Consejo de Europa y les dije en pocas palabras adónde venía. No quise esperar a la policía, por si llegaban tarde. —
¡Renato, mi vida...!

Se volvieron a besar.

Al cabo de un rato, Renato volvió la cabeza.

El Gran Mago ya no estaba allí.

—¡Eh, Duccio! —llamó.

No obtuvo respuesta.

Se acercó al maletín que estaba sobre la mesa, abierto. Contó los fajos de billetes. Había novecientos cincuenta mil dólares.

—Este Gran Mago al fin hizo su mejor número.

* * *

Loreta y Renato se casaron el día que el Consejo de Europa premió la actuación de los dos jóvenes con cien mil dólares.

El Consejo de Europa dio seguridades a Renato que jamás se emplearía la fórmula del doctor Martino. Era demasiado horrible.

Con el dinero conseguido, Loreta y Renato se instalaron en Roma, y allí tienen hoy día un negocio, una frutería. Su especialidad, cuando llega el verano, son las sandías.

FIN



Keith Luger era uno de los seudónimos de Miguel Oliveros Tovar, nació en La Coruña el 17 de marzo de 1924. Su padre, Juan Oliveros Bueno, capitán del cuerpo de sanidad militar, y su madre, Presentación Tovar Rivas, eran de la provincia de Granada, de Ojiva él y de Salobreña ella. En la fecha indicada, el padre estaba destinado en la ciudad gallega donde permanecieron hasta que el niño cumplió los tres años. El siguiente destino paterno fue Melilla y, cuando Miguel era ya un adolescente, llegaron a Valencia.

Estudió el bachillerato en el instituto «Luis Vives». Terminado con brillantez, pasó a la Universidad, donde fue un aventajadísimo estudiante de Derecho. Los cinco cursos de la carrera los hizo en tres años. Jura como abogado el 10 de febrero de 1949. Ejerció como tal algunos años. En las tarjetas que distribuía a sus clientes, además de su nombre, podía leerse: «abogado criminalista».

Durante esta época encontró tiempo para preparar oposiciones al ayuntamiento valenciano. Las aprobó y llegó a jefe de negociado.

Miguel Oliveros publicó, entre agosto de 1953 y julio de 1972, las últimas fueron póstumas, novecientas quince novelas (915) de los géneros: oeste, policial, ciencia-ficción y rosa.

Otro seudónimo fue el de «Miguel Romano» (para novelas rosas) o

el de «Bronco Mike» (para la editorial argentina Trébol).